



*Nave de una industria química en paro. El paro de las industrias en el siglo XX es una singularidad de la economía capitalista, la cual necesita que, en determinadas circunstancias, existan unos sectores de mano de obra que estén sin producir.*

# Economía y sociedad en el siglo XX

por ANTONI JUTGLAR

Testigo de múltiples y muy variados acontecimientos, el siglo actual —con sus dos terribles conflagraciones mundiales; con impresionantes manifestaciones de progreso técnico y científico; con fenómenos demográficos de tan distinto signo que van desde el auge de la población urbana y la formación de auténticas y poderosas megalópolis, con el consiguiente conjunto de factores migratorios y de civilización que aquellas inmensas concentraciones humanas suponen, hasta el *boom* creciente del estallido del crecimiento demográfico en los pueblos del denominado Tercer Mundo, etc.— constituye un significativo y largo período en el que el signo de los grandes contrastes y contradicciones ocupa un lugar preeminente y sumamente importante.

Ciñéndonos a los aspectos más característicos de las realidades socioeconómicas de la presente centuria, es manifiesto, por ejemplo, que —coetáneamente a servir de marco en diversas zonas del mundo para las crecientes experiencias de unas formas de organización social y económicas de carácter anticapitalista y fundamentadas en la aplicación de los postulados marxistas sobre la economía y la organización de la sociedad— el empuje y la capacidad de readaptación del capitalismo internacional encuentran todavía la forma de evidenciar una potencia y una capacidad de acción que han sabido superar duras pruebas y puesto en marcha los elementos más decisivos de la etapa neocapitalista de los últimos lustros.

Así, por una parte, el siglo XX —a partir

*Piquete de obreros parisinos ante una industria en huelga y ocupada por ellos. Además del indicado antes, existe otro paro, el conflictivo, que obliga a la adopción de nuevas medidas para resolver situaciones amenazantes.*



de la revolución de octubre de 1917— asiste a la aplicación de una metodología de crecimiento económica totalmente alejada, desde sus bases teóricas y prácticas, de los principios de mercado abierto, libre empresa, propiedad privada de los bienes de producción, lucro, etc. Por otra, junto al desarrollo de la “experiencia socialista” (a partir de los últimos años de la década de los cuarenta será más exacto hablar de “experiencias socialistas”, en plural), el capitalismo, que vivirá primero la aguda crisis que en 1914 le conducirá a la primera Guerra Mundial, resiste la dura prueba del cruento conflicto bélico de los años 1914-1918, sabe “acotar” y “delimitar” las consecuencias de la “revolución soviética” y, viviéndolo duramente en su carne (mejor dicho, en las carnes de las personas que sufrirán sus consecuencias), realizará un complejo esfuerzo de adaptación a nuevas perspectivas y realidades hasta llegar a la crucial etapa de la Gran Depresión, con

sus trágicos puntos culminantes en los años 1929 y 1930. Las nuevas y críticas circunstancias de la mencionada evolución capitalista no pudieron evitar, por otra parte, el trágico estallido bélico de 1939-1945, con cuya conclusión se abriría una nueva etapa para el capitalismo mundial, con problemas y circunstancias de complejidad cada vez mayor.

# I. UNA CONTINUADA CRISIS DEL CAPITALISMO Y UN TESTIMONIO DE LAS ENERGÍAS PODEROSAS DE UN SISTEMA PUESTO A PRUEBA DE FORMA CONSTANTE

Dejando, de momento, la consideración de las realidades “socialistas” en el complejo y dinámico marco de contrastes, tensiones y contradicciones que caracterizarán la evolución de los fenómenos de la economía capitalista a lo largo del siglo XX, destaca la doble y paralela manifestación de dos tipos de fenómenos, de profunda significación y repercusión. Por una parte, la patentización (más o menos espectacular, según el marco geográfico o el tiempo histórico) de una continuada crisis del capitalismo, que ha dado pie a derivaciones y repercusiones de muy distinto signo y envergadura.

Por otra, la demostración de que el mencionado sistema, a pesar de ostentosas y espectaculares muestras de una situación agonística, ha podido hacer gala (y sigue haciéndolo) de una gran reserva de energías, de un poderoso instinto de conservación, que no sólo le ha permitido superar etapas críticas muy concretas y tipificadas, sino que además ha posibilitado su adaptación provechosa a circunstancias muy variadas, hasta llegar a las presentes manifestaciones de su conflictiva pero rentable realidad de juego “neocapitalista”.

## Unas necesarias matizaciones

Difícilmente sería comprensible la paralela coincidencia de factores tan discrepantes si no se realizan con cierta atención y profundidad unas puntualizaciones y unas matizaciones de enorme importancia, ya que —entre otras clarificaciones— el distinguir entre el denominado “mundo occidental” y las extensas zonas conocidas como Tercer Mundo y, asimismo, el poner de manifiesto la estrecha y patética relación que existe entre ambas zonas geográficas explica en parte una serie de posibilidades o de cartas que ha podido ir jugando, a lo largo del presente siglo, el capitalismo mundial, acotado, como centro de “desarrollo económico”, en unos sectores muy delimitados y en franco con-



## LA HEGEMONÍA DE LAS CIUDADES Y SU RELACION CON EL SECTOR AGRICOLA

El desarrollo del industrialismo a lo largo del siglo XIX, precedido por el decisivo arranque, a partir del año 1780, de la Revolución industrial en Gran Bretaña, representó el impulso más poderoso para el crecimiento de las ciudades. El número de habitantes de las ciudades y zonas urbanas análogas aumenta continuamente; surgen incluso nuevas ciudades, que crecen —en algunos casos, como las "ciudades-satés" de los Estados Unidos— de forma rápida y espectacular; paralelamente la influencia de los modos de vida, de las costumbres, etc., de las ciudades se extiende más y más y adquiere un carácter irreversible, que acabará de redondear la evolución histórica del presente siglo. En efecto, una de las características más importantes y significativas del siglo XX será, junto a la indudable trascendencia y a las consecuencias de todo tipo comportadas por los grandes núcleos urbanos (verdaderas "megapolís") que tienden a seguir creciendo de forma casi indefinida, el de la afirmación, clara e irreversible en los países económicamente desarrollados, de la importancia de los porcentajes de población urbana, que no sólo irán adquiriendo mayor volumen, etc., sino que además representarán la proporción más importante de los habitantes de dichos países económicamente avanzados.

De este modo queda patente la decisiva transformación que, en todas aquellas regiones en las que se ha producido la industrialización, el éxito del revolucionario sistema productivo ha comportado como secuela lógica de su acción. Las innovaciones técnicas del industrialismo promoverán la hegemonía del sector industrial, localizado en los núcleos urbanos, y evidenciarán un retroceso creciente del sector agrícola, que había venido siendo predominante hasta la fecha en que se pone en marcha la Revolución industrial. Así, en fechas relativamente cercanas a la futura gran expansión del industrialismo, hacia 1750, el porcentaje de población activa mundial dedicada a la agricultura superaba el 80 por ciento; en cambio, hacia 1950 (es decir, dos siglos más tarde), y a pesar del importante crecimiento demográfico en amplias regiones del Tercer Mundo, prácticamente por industrializar, la proporción mundial de población activa dedicada a tareas agrícolas había disminuido al 60 por ciento y ha seguido decreciendo a lo largo de las décadas que siguen a 1950.

Gran Bretaña y los Estados Unidos constituyen los ejemplos más patentes del retroceso de la proporción de la población activa dedicada a la agricultura en los países económicamente avanzados. Así, respectivamente, hacia 1950, los porcentajes de dichos países dedicados a la agricultura eran el 5 y el 13. En la misma

fecha, los porcentajes de población activa agrícola de otros países desarrollados económicamente ratificaban las líneas trazadas por los casos británico y norteamericano. Tal es, por ejemplo, el caso de Bélgica, con una proporción de agricultores en 1950 del 12 por ciento del total de su población; en las mismas fechas, Holanda presentaba un porcentaje de 20, mientras que Suiza la superaba con un 16 por ciento y, entre otros países, Suecia presentaba un porcentaje del 21; Dinamarca, del 25; Noruega, del 26, etc., y fuera de Europa, avallaban asimismo las líneas de retroceso apuntado países como Canadá, Australia y Nueva Zelanda, que, en 1950 también, presentaban respectivamente las proporciones del 20 por ciento, del 22 y del 18. Las referencias anteriores evidencian, pues, de forma clara e indiscutible no sólo el repetidamente mencionado retroceso de la población activa agrícola en los países industrializados, sino que además hacen asimismo patente la fuerza adquirida por la proporción de población urbana en dichos países.

En este sentido puede hablarse incluso de que la trayectoria histórica del siglo XX está configurando sociedades que pueden presentarse casi como sociedades globalmente urbanas. Sociedades en las que las ciudades lo son prácticamente todo. Sociedades en las que, de hecho, la inmensa mayoría de sus habitantes están asentados en núcleos urbanos. Sociedades en las que incluso en amplias zonas los núcleos urbanos se han extendido de tal forma que se confunden unos con otros, originando verdaderas acumulaciones de ciudades y núcleos análogos, al margen, por otra parte, del prácticamente fabuloso fenómeno de las grandes ciudades (de las "megapolís" antes apuntadas), en las que habitan concentraciones de varios millones de habitantes.

Es decir, al margen de las formidables acumulaciones de habitantes presentadas por ciudades como Tokio, Nueva York, Londres, etc., el paisaje de países económicamente desarrollados que carecen, por motivos varios, de grandes ciudades, como ocurre, por ejemplo, con Suiza o con los países escandinavos, se encuentra —con independencia, asimismo, del mayor o menor respeto que se pueda tener en dichos países al medio ambiente y a la conservación de la naturaleza— afectado por una serie numerosa de zonas en las que se suceden, prácticamente unidos entre sí, los núcleos urbanos en los que, según el país y según cada caso particular, se habrán conservado o "elaborado" zonas verdes de mayor o menor amplitud.

Las referencias anteriores, que empujan, por otro lado, con una amplia serie de reflexiones sugeridas por el hecho de que el presente siglo XX haya consolidado

la "civilización urbana", obligan a efectuar algunas matizaciones que consideramos importantes y sumamente clarificadoras.

El desarrollo de las ciudades, paralelo al retroceso de la población activa agrícola, no significa, ni mucho menos, que el espacio, la proporción de tierras, disminuyan o retrocedan en la misma proporción.

Una de las características más significativas de las ciudades (contando, incluso, con la existencia de una gran preocupación por conservar o "por crear" zonas o espacios verdes en el seno de los mismos núcleos urbanos) es la de demostrar como en un espacio, en una extensión de tierra mucho menor, pueden habitar muchísimas más personas, con capacidad para procurarse los abastecimientos necesarios, etc. En este sentido, la hegemonía ciudadana, a pesar de la tendencia a crear zonas de "segunda residencia" fuera de la ciudad, no significa, ni mucho menos, que la extensión de tierras antes ocupadas por la agricultura se haya visto fundamentalmente afectada por el crecimiento urbano, entre otros motivos por el hecho capital de que el retroceso de la población activa agrícola no significa retroceso de las necesidades que cada sociedad tiene de productos agrícolas, máxime cuando la población global del mundo tiende a crecer de forma importante y con ello se hace patente la exigencia, cada vez mayor, de grandes cantidades de alimentos para hacer frente al aumento de consumo, que supone tanto el incremento de la población como las posibilidades de mayor poder adquisitivo que han ido surgiendo, como resultado de complejos pero lógicos factores en las sociedades desarrolladas. El retroceso de la población activa dedicada a la agricultura queda compensado con la aplicación al campo, a las zonas agrícolas, de las técnicas de incremento de la producción surgidas del mismo industrialismo y que fundamentalmente giran en torno a la mecanización agraria (tractores, cosechadoras, etc.).

Por ello, sobre el papel puede afirmarse que la hegemonía de las ciudades, afirmada claramente a lo largo del presente siglo, en las zonas económicamente desarrolladas no sólo no tiende a significar una desaparición del paisaje, antes mantenido por la existencia de numerosos núcleos de población campesina, sino que además puede y debe dar lugar a una mayor racionalización del paisaje, conservando zonas de belleza natural que deben ser respetadas a todas luces y, al propio tiempo, buscando una armonía máxima en las relaciones entre hombre y naturaleza, que la misma existencia de las ciudades, con su tremenda complejidad, hace continuamente más urgente e importante.

A. J.

*Los factores científicos y técnicos que posibilitan el aumento de las materias alimenticias son uno de los objetivos principales de la economía del siglo XX.*

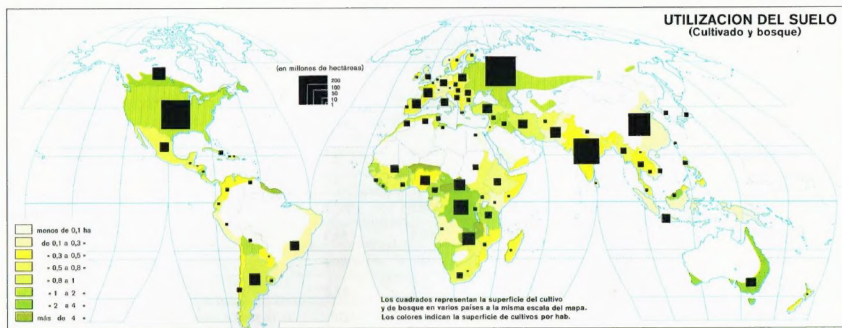


traste y relación con el subdesarrollo de las zonas deprimidas.

Algo paralelo, por otra parte, a la reveladora singularidad de un sistema económico que, para su pervivencia y rentabilidad, precisa que la producción no esté normalmente a su rendimiento máximo y que en consecuencia existan unos sectores de mano de obra en paro. Un paro, por otra parte, revelador de la artificialidad fundamental de su realidad no sólo por la directa relación entre una mano de obra inactiva y un montaje productivo que expresamente no trabaja a pleno rendimiento, sino por el hecho de su "institucionalización" económica en un sistema de consumo.

Es decir, conviene profundizar en el significado que tiene la institución del "subsidio de paro", que en muchos puntos surge no tanto como resultado de una hipotética presión de los obreros sin trabajo que luchan en pro de una elemental reivindicación que les asegure una ayuda monetaria mientras dure la situación de falta de trabajo, ni surge, desde otra perspectiva, como resultado fundamental de un movimiento de filantropía o de sentido de humanidad que pretenda ayudar a los parados. El subsidio de paro es en realidad, en muchos países, una institución más del conjunto constituido por un sistema social desarrollado que para el normal funcionamiento de su economía de consumo precisa de un mecanismo capaz de garantizar con éxito una doble función: mantener un determinado cupo de reserva de





mano de obra parada que pueda ser utilizado cuando a los intereses del sistema les convenga, y proporcionar a los trabajadores parados una cantidad de dinero que sea puesta en movimiento en el mecanismo adquisitivo de la economía, apoyada cada vez más en el consumo de productos de tipo muy diverso y en múltiples ocasiones de utilidad o necesidad harto discutibles.

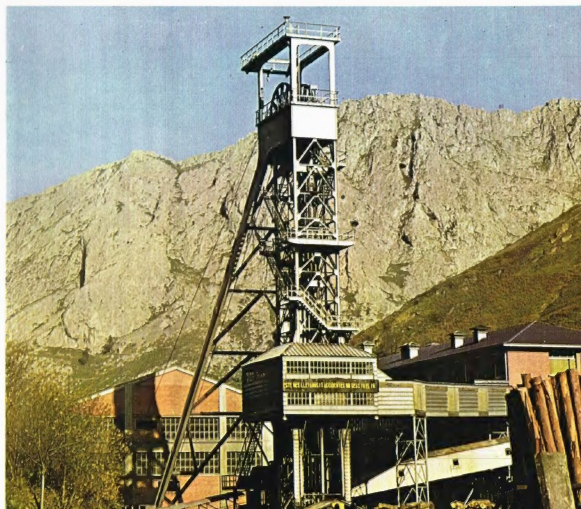
Las anteriores reflexiones ponen de manifiesto hasta qué punto —a pesar de cambios más o menos aparatosos de vocabulario y de decorados— las líneas de evolución del capitalismo mundial siguen unos cauces de muy difícil superación. De ahí la continuada necesidad de “ponerse al día”, de hacer frente a problemas y conflictos que, a medida que transcurre el presente siglo, van planteándose al sistema capitalista.

La dialéctica entre conflicto, tensión o crisis, por una parte, y la energía (en muchos casos inesperada) desplegada por el sistema para afrontar y defenderse de los problemas que tienden a asfixiarlo es prácticamente constante. Y ello no constituye una cuestión que pase por alto a diversos y buenos teóricos de la sociedad y de la economía del siglo XIX, incluyendo entre ellos a Marx. Es un asunto que debe relacionarse con las líneas generales del proceso de desarrollo histórico general en el seno del cual queda integrada la economía y, asimismo, con un factor técnico-económico de considerable importancia y de ambigüedad fundamental: el desarrollo científico-técnico y sus implicaciones (y aplicaciones) en la vida económica (aumento de la posibilidad de producción de bienes manufacturados o no, descubrimiento de nuevas fuentes de riqueza y de nuevos medios energéticos, mayor aprovechamiento

de las primeras materias y, en particular, de las fuentes de energía, etc.).

La referida trayectoria histórica general dibuja el “sentido general de la historia” y otorga unas dimensiones más comprensibles —en el espacio y en el tiempo— a los conflictos económicos, a la lucha, a la contradicción constante con que hace frente desde los albores del presente siglo a las amenazas que se concretan sobre el capitalismo desde pun-

*Castillete de extracción de las minas de carbón de Riosa (Asturias). Con la máquina de vapor, el carbón tuvo su momento culminante como fuente de energía.*



**DESARROLLO DE LA POBLACION MUNDIAL**  
(En cifras aproximadas, calculadas en millones de habitantes)

Año	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960
EUROPA (SIN U.R.S.S.)	310	339	345	376	399	395	427
GRAN BRETAÑA	37	40,8	41,5	43,6	46,9	49,2	51,1
IRLANDA	4,5	4,4	4,3	4,1	4,3	4,4	4,2
FRANCIA	39	39,6	39,2	41,8	39,8	41,6	45,5
ALEMANIA	56,4	64,9	60,8	64,1	70,1	66	69,5
ITALIA	32,5	34,7	38	41,2	45	46,3	49,4
ESPAÑA	18,6	19,9	21,3	23,6	25,9	28,3	30,1
RUSSIA-U.R.S.S.	140	147	130	160	171	181	180,6
ESTADOS UNIDOS	76	92	105,7	122,8	131,7	151,7	214,4
CANADA	5,6	7,2	8,8	10,4	11,4	13,8	17,8
ARGENTINA	4,5	7	8,5	11,2	14,6	17,2	20
BRASIL	17,3	25	30,6	40,3	41,4	52,1	71
AUSTRALIA	3,8	4,5	5,4	6,4	7	8,2	10,3
NUEVA ZELANDA	0,8	1	1,2	1,5	1,6	1,9	2,4
UNION SUDAFRICANA	Total	4,5	6	7,5	8	10,4	12,3
	Blancos (1)	(1,3)	(1,5)	(1,8)	(2,2)	(-)	(3)
INDIA Y PAKISTAN	294	315	319	351	385	422	441,6
CHINA	-	420	-	444	458	465	675
JAPON	48	54	59,7	64,4	73,1	83,2	93,2

tos muy diversos y la "capacidad de maniobra" de que da muestras el sistema en jaque, poniendo en movimiento fuerzas de reserva que le permiten no sólo afrontar con mayor o menor habilidad, con mejor o peor resultado, un determinado conflicto, una concreta crisis, etc., sino que además agiza el ingenio y la óptica de los directores del sistema, permitiéndoles incluso convertir derrotas aparentes en verdaderas bazas de positivo rendimiento.

Las situaciones se multiplican, los conflictos arrecian y la "provechosa" utilización de las reservas de energía del sistema desempeñan una y otra vez un papel muy delicado. Se convierte, en realidad, en una arma de doble filo: resuelve la situación amenazante y a los ojos de un observador poco especializado dará la sensación incluso de que -frente al peligro "superado"- se ha conseguido un éxito irreversible; pero la suma de situaciones, de tensiones, de búsqueda de solu-

ciones parecidas, etc., contemplada desde una perspectiva histórica general más global, más total, permite observar que el desgaste va apareciendo, que los problemas se complican y cada nueva solución exige esfuerzos cada vez mayores.

### *El papel de los factores tecnocientíficos*

La incidencia de los factores científico-técnicos, el descubrimiento de nuevos elementos de evidente e importante repercusión en la vida productiva, la aptitud para aumentar las posibilidades alimenticias o de multiplicar la obtención y utilización de fuentes de energía, etc., desempeñan un papel importante en el constante enfrentamiento que, día tras día, sitúa a un lado distinto de la barrera, por una parte, la serie continuada y creciente de conflictos que dificultan el desarrollo de los objetivos capitalistas y, por otra, el conjunto de poderosas energías desplegadas



por el sistema para defenderse y superar los obstáculos.

En efecto, la apuntada ambigüedad de los factores científico-técnicos hace que, incluso sin cambios sociales y sin planteamientos de verdadera contundencia revolucionaria, no pueda afirmarse ni mucho menos que el progreso científico-técnico juega en favor del sistema establecido. El mismo éxito de la revolución industrial que consolidó el triunfo de la revolución política de la clase burguesa, hundiendo un sistema tradicional y el conjunto multisecular de intereses e instituciones que constituían el Antiguo Régimen, presenta una referencia clara e irrefutable de la línea que acaba de ser apuntada. En efecto, el descubrimiento de una nueva y revolucionaria fuente de energía puede no sólo poner en entredicho de forma irreversible otras fuentes de energía ya conocidas y a pleno rendimiento, sino enfrentar en una lucha sin piedad a los posibles nuevos beneficiarios del revolucionario sistema de producción de energía con los propietarios y los trabajadores vinculados a las fuentes de energía ya rebasadas, reduciéndolos a la impotencia o a un lugar muy secundario.

### *Una difícil tarea de equilibrio*

El análisis del conjunto de factores apuntados demuestra hasta qué punto es difícil hablar simplícidamente de la evolución de la economía de nuestro siglo y de cómo, sin incurrir en peligrosas "profecías", es muy aventurado establecer un diagnóstico total y sin dudas de ningún tipo del presente y menos todavía de las líneas y fenómenos que van a configurar un futuro próximo. En pocas décadas, por ejemplo, se ha visto como variaban sustancialmente de importancia fuentes de energía tan distintas como el carbón, el petróleo, la electricidad, el gas natural, la energía atómica. Conflictos de primeras materias, de cambio de ocupación de importantes cantidades de mano de obra a causa de un "reajuste" técnico, etc., han trazado —en el contemporáneo escenario histórico— perspectivas y despertado conciencias quizás en mayor grado de lo que lo hayan podido hacer determinados acontecimientos políticos.

En todo caso, el mero análisis de la multiplicidad de fenómenos políticos vividos en las décadas que han transcurrido ya del presente siglo sirve elocuentemente de indicador

*Refinería de petróleo en Trinidad. El uso del petróleo, muy posterior al del carbón, ha permitido, tanto por sí mismo como por sus derivados, la aplicación de formas de energía a procesos industriales delicados, así como a usos domésticos.*





**Pantano del Generalísimo, en el río Turia (España). La electricidad de origen hidráulico ha sido una de las últimas formas de producción de energía.**

para comprobar hasta qué punto los diversos problemas que tiene planteada la economía capitalista inciden en la historia total: dos guerras mundiales; la búsqueda de nuevas explicaciones ideológico-políticas que sustituyeran los superados esquemas de un liberalismo oxidado; el auge y el trágico descenso de los totalitarismos de diverso tipo (fascismo, nazismo); los problemas de la expansión de los "modelos socialistas"; las guerras acotadas o declaradas; los problemas de los afanes independentistas de las antiguas colonias, es decir, de la inmensa mayoría de las regiones del globo; los intentos de búsqueda, a través de instituciones internacionales o supranacionales, de canales que resuelvan problemas de índoles muy diversas, desde precios de una primera materia básica, o de paridad o fluctuación de diversas monedas, hasta situaciones conflictivas de muy diversa entidad.

Lo político ha llegado incluso a ser un barómetro tan sensible de la economía, que, por ejemplo, los problemas del rearme o del desarme de diversas potencias deben ser estudiados en función del importante y decisivo papel desempeñado por las industrias de guerra en el seno de una determinada economía, no siendo nada sorprendente, pongamos por caso, que la Bolsa de Nueva York se mostrase muy sensible y experimentase una importante baja cuando, por motivos muy conocidos de todos, el entonces presidente de los Estados Unidos, Johnson, ordenó la suspensión de los bombardeos sobre Vietnam del Norte.

Especialmente una vez puesto de mani-

fiesto que ciertas exageraciones o faltas de matización pueden llegar a conducir a los horrores de la primera Guerra Mundial o al éxito de la Revolución soviética de octubre de 1917, el capitalismo ha ido luchando por conseguir un difícil equilibrio que no le hiciera perder posiciones y le permitiera aprovechar las posibilidades cada vez mayores del progreso tecnológico.

El equilibrio mencionado ha sido una tarea tremendamente dificultosa, en el transcurso de la cual ni fue posible impedir la gran depresión, ni el "revanchismo" suicida del nazismo (que arrastró tras de sí a los países del Eje), ni tampoco se pudo evitar el amplio avance de las zonas de experimentación socialista a partir de la segunda Guerra Mundial, de manera que del socialismo en un único país, la U.R.S.S., se pasa, alrededor de los últimos años de la década de los cuarenta, a los experimentos de las "democracias populares" y de las repúblicas socialistas en diversos países del este y del centro de Europa. Estos países eran: unos muy retrasados en su proceso de industrialización y con claro predominio agrario (pero dotados, algunos de ellos, de importantes posibilidades de desarrollo de muy diverso tipo), como ocurrirá con Polonia, Rumania, Hungría, Bulgaria, Albania o Yugoslavia, o en las desaparecidas repúblicas de Letonia, Estonia y Lituania, vinculadas a la U.R.S.S.; otros, con grandes recursos o incluso con importante tradición industrial, como ocurre con la República Democrática Alemana o Checoslovaquia. La expansión socialista culminará, en la etapa final de dicha década, con la victoria total de las fuerzas revolucionarias de Mao Tse-tung, en China, uno de los mayores países del mundo y, sin duda alguna, el más habitado del planeta.

Posteriormente, el equilibrio volvería a experimentar otra profunda crisis al producirse la subida al poder de los guerrilleros de Sierra Maestra, que, dirigidos por Fidel Castro, han convertido la isla de Cuba en una república socialista situada a pocas millas de la superpotencia capitalista del mundo actual, los Estados Unidos de América del Norte.

## II. LAS LÍNEAS BÁSICAS DE EVOLUCIÓN DEL CAPITALISMO DEL SIGLO XX

Ante casos como el de Cuba, ante el problema planteado por el inconformismo de numerosas regiones del mundo, especialmente en América latina, deseadas de afirmar su personalidad y de configurar al máximo su independencia económica, los dirigentes de algunas de las potencias afectadas intentarían



responder, ya con medidas de distensión, como "La Alianza para el Progreso", ya a través de tácticas bautizadas con nombres más o menos parecidos al de "pentagonismo". Fuere cual fuere la táctica seguida, el mundo sabe que, en el último tercio del siglo XX, muchas realidades están sujetas a revisión y a replanteamiento de forma insoslayable.

El "sentido de la Historia" ofrece cuadros y orientaciones muy concretos y significativos. No se trata sólo del deseo de multiplicar las diversas experiencias del Mercado Común, especialmente a partir del ejemplo europeo, ni tampoco de las drásticas medidas que cada vez más van tomando los países productores de petróleo o los aliados de burguesía nacional que surgen, ante el ejemplo de algunos países como Perú, frente a las esperanzas puestas en otros ensayos. Se trata de que, haciendo balance de la evolución general de la sociedad y la economía mundiales, a lo largo de las siete primeras décadas del presente siglo se comprueban no sólo las líneas más significativas de la trayectoria socioeconómica de la centuria, sino la exigencia que esta misma trayectoria señala para el futuro.

En este sentido han saltado a los primeros planos de la actualidad, y se ofrecen como uno de los problemas claves de nuestro tiempo, los temas de la contaminación y de la defensa del medio ambiente. ¿Cuál puede ser el resultado de la imprevisión humana, en una sociedad que no le importa contaminar el agua de los ríos, llenar de desperdicios (algunos de ellos prácticamente imposibles de destruir) los rincones más diversos del planeta (mares, bosques, montañas, etc.), entrar en zonas peligrosas materias tóxicas que pueden causar la muerte a millares de per-

sonas? ¿Para qué sirve, por ejemplo, el progreso económico si no se es capaz de evitar que las ciudades se conviertan en auténticos focos mortales, infectadas por los tóxicos intolerables que se ven obligados a respirar sus habitantes?

### ***Las contradicciones del siglo XX***

De súbito, el mundo de la "opulencia", del "bienestar", del "consumo", etc., ha sentido miedo y ha descubierto que hasta cierto punto podría llegar a encontrarse en condiciones tan negativas como las que puedan afligir en el presente a los países del denominado Tercer Mundo.

Se plantea en definitiva, en el último tercio del siglo XX, la problemática angustiosa de la posibilidad de un "progreso" económico —una forma de desarrollo o de crecimiento económico— que, dadas las condiciones en que se lleva a cabo, puede conducir rápidamente hacia la enfermedad y la muerte.

El planteamiento angustioso —efectuado de forma evidente por informes bien conocidos y que ha quedado ratificado por reuniones internacionales como la celebrada en 1972 en Estocolmo— de una problemática parecida constituye, sin duda, un claro ejemplo de cómo puede formularse (cambiando horizontes y perspectivas muy complejos) una pregunta-clave de la que pueden derivarse enfoques nuevos y radicales que cambiarían muchas cosas. El problema aparece ahora claramente no como una difícil y básica necesidad de multiplicar fuentes de energía, de producir mayor número de manufacturas, de aumentar las riquezas del mundo, sino que queda dramáticamente planteado, ante la falta de racionalidad y de "generosidad" de mu-



*Planta destinada a la distribución de gas natural, una de las actuales fuentes de energía.*

**EVOLUCION DE DIVERSAS CIUDADES ENTRE 1881 Y 1960**  
(Cifras aproximadas, calculadas en centenares de miles de habitantes)

Años	1881	1931	1954	1955	1957	1959	1960
E LONDRES	3.816	8.203					8.172
E PARÍS	2.250	2.871	*				2.820
E ISTANBUL	850	700					1.731
E NAPOLES	463	850					1.179
AF CAIRO	370	1.100				3.035	
URSS LENINGRADO	900	2.783				2.888	
URSS MOSCU	750	2.800				5.032	
E VIENA	1.104	1.886				1.652	
AS CALCUTA	871	1.486				2.900	
E MANCHESTER	517	776					861
AS BOMBAY	773	1.161					4.100
E BERLIN	1.300	4.000					3.390
USA NUEVA YORK	1.200	6.930					7.781
E LISBOA	250	590					802
E AMSTERDAM	350	770					869
USA FILADELFIA	850	1.951					2.002
E LIVERPOOL	552	856					747
E GLASGOW	500	1.088					1.055
E ROMA	273	1.045					2.160
AS TOKIO	900	5.312					9.675
USA CHICAGO	503	3.376					3.550
E BIRMINGHAM	401	1.002					1.106
E BUDAPEST	400	1.000					1.807
AS SHANGHAI	388	3.200					6.900
AL BUENOS AIRES	350	2.215					3.845
AS OSAKA	350	2.600		2.547			
AL RIO DE JANEIRO	340	1.500					3.030
AUST MELBOURNE	330	992				1.771	
E MADRID	390	1.000					2.259
E BARCELONA	260	1.100					1.557
AL MÉXICO	300	970				4.700	
AUST SYDNEY	220	1.239				2.054	
CA MONTREAL	260	1.100			1.109		
USA DETROIT	80	1.570					1.670
AS CANTÓN		1.500			1.840		
AS PEKÍN		1.300					5.420
AS NANKÍN		1.300			1.419		
USA LOS ANGELES		1.238					2.479
E HAMBURGO	300	1.130				1.823	
E MILÁN	296	1.013					1.580
AL SÃO PAULO	40	880					3.315
E PRAGA	162	850				987	

\* Gran París, 5.200.

chas acciones económicas, como un interrogante que puede actuar indiscriminadamente sobre la cabeza de todos: propietarios y no propietarios, empresarios y obreros, ricos y pobres.

Y tal interrogante, no dudando de la capacidad humana de inteligencia, deberá obligar a promover cambios sustanciales. En efecto, analizando las líneas básicas de evolución del capitalismo mundial a lo largo del pre-

sente siglo se llega a un punto donde algo aparece como una realidad innegable, de la que se derivan amenazas y peligros para todos. Habiendo variado factores fundamentales, las premisas del nuevo miedo y de las nuevas inseguridades que se presentan para los económicamente desarrollados surgen —fácilmente, casi de manera espontánea— de la aplicación de una sencilla lección de historia económica y social: en una civilización





**Vista de la central nuclear española de Zorita de los Canes. La energía atómica ha sido la última en incorporarse a la actividad humana, pero es la destinada a mayor porvenir.**

en el seno de la cual las víctimas del “desarrollo económico” (en forma de accidentes de trabajo, de enfermedades profesionales, de suburbios infectos, etc.) sólo suelen ser los pobres, los humildes, de forma casi insensible se produce una serie de respuestas archirepetidas: “Ya se sabe... No puede hacerse nada. El progreso tiene un precio. Sin víctimas no se da ningún paso adelante. La pobreza es terrible; pero ¿qué podemos hacer ante ella?”. Pero cuando surge, presentado dramáticamente, con gran publicidad, el segundo planteamiento, el de la amenaza que afecta a todos, no existe respuesta estereotipada que pueda servir de consuelo a los que creían estar decididamente “seguros” y “acomodados”.

Después de las vicisitudes de las guerras mundiales, las depresiones, las inflaciones, el despertar colonial, el crecimiento de unos factores de poder tecnológico; después de tantas innovaciones y aventuras como ha contemplado el capitalismo en el siglo XIX; después del reto de las economías de los países socialistas, alguno de los cuales ya ha alcanzado la “solera” de más de cincuenta años de permanencia y cuenta en su haber con la consecución de logros que han convertido a dicho país en una de las primeras potencias políticas y económicas del mundo; después de tantas cuestiones distintas afrontadas, a través de los años, por el capitalismo del siglo XX, surge un interrogante que —de grado o por fuerza— está solicitando la necesidad de revisiones profundas y fundamentales.

No se trata sólo de “respuestas” tranqui-

lizadoras; se trata de configurar nuevas “garantías”, nuevas “seguridades”, que puedan ser válidas para los que “progresan”. En verdad, si los que pretenden estar realmente “acomodados” descubren que los gases tóxicos, la atmósfera envenenada, los alimentos contaminados, la naturaleza viciada, etc., pueden llegar a amenazar en serio, de forma indiscriminada, sus propias vidas, entonces, aunque ello cueste reconocerlo, debe efectuarse una revisión profunda de las cosas, para suprimir terribles peligros que puedan

**Una sesión de Bolsa. Siempre, pero más en la actualidad, las Bolsas son muy sensibles a las alteraciones políticas internacionales.**



## LOS GRANDES RECURSOS INDUSTRIALES



**La contaminación atmosférica es uno de los tipos más importantes del deterioro ambiental.**



amenazar a todos, prescindiendo incluso de sus riquezas.

Si hasta los más ricos y poderosos se encuentran verdaderamente amenazados por las consecuencias de una egoísta e irracional concepción del "progreso económico", en el seno de un determinado sistema y de unas concretas formas de civilización, la necesidad de buscar vías nuevas aparece como algo ineludible. Como algo de urgencia extraordinaria y que exige acciones radicales, contundentes y eficaces, pues incluso los más poderosos económicamente tienen que plantearse, angustiados, preguntas como las que quedan

apuntadas a continuación: progreso económico, ¿para qué? Multiplicación de bienes y de riquezas, ¿para qué? ¿Para qué cualquier avance económico si, en lugar de aumentar "seguridades", multiplica peligros?

Hechos como los comentados y que exigirían análisis mucho más detallados son los que indican que, a pesar de todo, en el seno general de la sociedad y de la economía del siglo XX se barrunta ya el soplo de vientos nuevos, los cuales, en verdad, no han surgido por azar y constituyen el resultado, la culminación y el propio resumen de una trayectoria histórica de gran complejidad.

### **Los complejos problemas del moderno crecimiento económico**

En realidad, las líneas básicas de la trayectoria mencionada —y aprovechando aquí parte de los enfoques sugeridos por las discutibles teorías formuladas por W. Rostow— empalman con un proceso general de crecimiento de la economía que puede confundirse más o menos con la historia misma de las variadas y distintas formas de consecución de la plenitud industrializadora en los países más avanzados de Occidente. Por ello, mientras, por una parte, son evidentes las precariedades y problemas que debe superar cualquier país no desarrollado para planear un proceso de crecimiento, se descubre paralelamente que muchas de las contradicciones y tensiones que el progreso económico del siglo XX lleva consigo en los países de Occidente encuentran sus raíces en fenómenos acaecidos o arraigados en buena parte en la centuria pasada. Así, siguiendo la mera descripción de la tesis de Rostow, es sencillo descubrir que las observaciones históricas me-



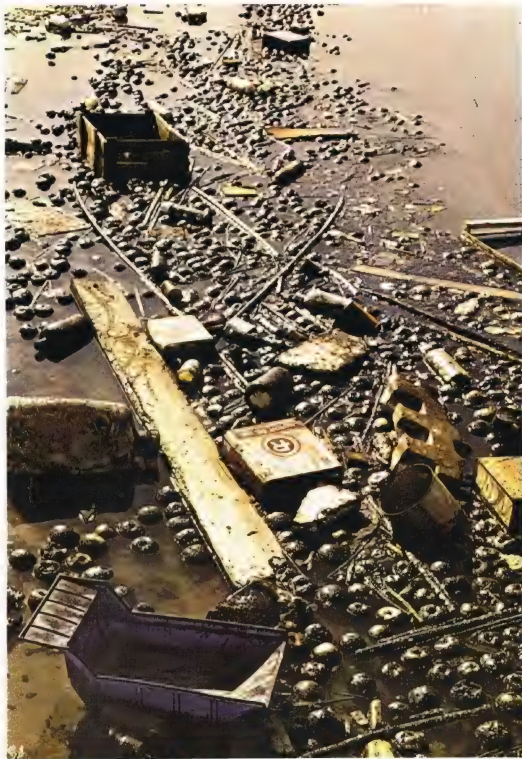
dianamente rigurosos indican que para todo el mundo occidental el siglo XIX es la época en que se configuraron las tres etapas que definen la maduración y la plenitud industrial de los países desarrollados.

Por otra parte, el mismo análisis de las tres etapas pone de manifiesto la repetición de circunstancias, oportunidades y problemas análogos en épocas muy diversas, tanto en el siglo XIX como en el presente, y que en definitiva otorgan al cuadro de las tres etapas de Rostow el papel de servir de "modelo" de contraste para plantear los complejos problemas del moderno crecimiento económico (desde las exigencias del pleno empleo, o desde los problemas monetarios, o de la inflación, hasta los de la contaminación).

Así, mientras en pleno siglo XX algunos países emprenden su *take off*, su "despegue" económico, para los países del mundo occidental el mencionado proceso tuvo efecto en el siglo XIX. Para unos países, el *take off* o "despegue" fue el algodón; para otros, el carbón o el hierro, o mejor todavía, ambos minerales juntos; con la promoción de los factores constitutivos de dicho *take off* surge plenamente el elemento decisivo de arranque, que hace emprender el vuelo de una economía nueva y que traza las líneas claves de una estabilización industrial.

Gracias a este arranque, a esta configuración, la primera etapa de "despegue" permite (en la actualidad a algunos países; en el pasado siglo, a la mayoría de pueblos desarrollados de Occidente) acumular, en las zonas afectadas por el fenómeno de crecimiento mencionado y en las bolsas o cuentas corrientes de sus grupos dirigentes (en la historia del mundo occidental, la gran burguesía, que se consolida decisivamente en el poder entre 1870 y 1880), unas reservas dinera-rias que se invirtieron (o se invierten si el proceso tiene lugar en la época presente) en diversos sectores de la economía, incrementar más y más el empuje del proceso de crecimiento y el del vuelo económico emprendido, modernizando y perfeccionando sectores industriales muy distintos.

El éxito de la primera etapa del *take off*, cuya validez se pretende advertir en procesos económicos muy distintos de países diversos del mundo actual (y acerca de la cual y de los factores de crecimiento específicos que en dichos países se configuran no es posible extendernos aquí, dadas las características generales del presente trabajo), conduce insensiblemente a la consecución de los objetivos de la segunda etapa, es decir —una vez extendido el proceso de euforia y de modernización de sector en sector—, desarrollada la nueva realidad económica en su conjunto, el país afectado por tales transformaciones alcanza



***Polución del medio ambiente por aguas residuales. En el último tercio del siglo XX se ha presentado el pavoroso problema de la contaminación ambiental, que podría acabar con la Humanidad.***

una auténtica "madurez industrial" (en la que, por ejemplo, en el pasado siglo, el auge europeo de los ferrocarriles deja abiertamente paso al pleno desarrollo de las grandes industrias del acero, de la química, de la electricidad). En dicho proceso de crecimiento gigantesco, la maquinaria, las construcciones navales modernas, etc., dejan atrás la ya vieja euforia de la "clásica" industria pesada, basada y sostenida pura y simplemente sobre el carbón y el hierro.

La madurez industrial apuntada configura fenómenos económicos de gran envergadura y complejidad, ya que en su seno no se plantean cuestiones elementales de arranque, sino que se trata de descubrir y alcanzar nue-

**ALGUNOS EJEMPLOS DE LAS DERIVACIONES DE LA "EXPLOSION DEMOGRÁFICA" EN LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS, EXPRESADOS A TRAVÉS DE LA TABLA ANUAL DE AUMENTO VEGETATIVO (según CIPOLLA)**

	Años		
CEILÁN	1871-1880	4,6 %	
CEILÁN	1901-1910	9,3 %	
CEILÁN	1931-1940	13,4 %	
CEILÁN	1936-1940	17,1 %	
I. MAURICIO	II	5 %	
CEILÁN	1947	25 %	
MALASIA	1947-1948	24 %	
CEILÁN	1948	27 %	
I. MAURICIO	1958	29 %	
FILIPINAS	II	superior al 20 %	
THAILANDIA	II	20 %	
TAIWAN (FORMOSA)	II	20 %	
COREA	II	20 %	
CHINA	II	20 %	
AMÉRICA LATINA	II	superior al 25-26 %	

vos horizontes. El juego general del capitalismo en tal etapa y en tales países no se plantea, por ejemplo, ni mucho menos, como finalidad principal de sus esfuerzos la consecución del objetivo de la expansión industrial. Se viven asimismo situaciones nuevas, que, a su vez, configuran problemas nuevos. Así, en la maduración industrial histórica se ofrecen, de hecho por vez primera, los "problemas" derivados de la abundancia. ¿Qué hacer con los grandes medios de que se dispone? ¿Qué hacer con lo que sobra? Se trata de una "problemática" de la abundancia, que entre otros aspectos presentará algunas de las que podríamos considerar como típicas manifestaciones de "fiebre inversionista", con facetas de un paralelismo muy parecido, en sus aspectos externos, al de algunas actividades análogas de inversión en las modalidades neocapitalistas presentadas en los últimos tiempos.

En esta segunda etapa, que hemos dado en llamar de "madurez industrial", la apuntada "cuestión" de la abundancia —relativa, como se ha esbozado ya— plantea unas concretas perspectivas, definidas en directa relación con la *praxis* del imperialismo económico —y que, como es sabido, encontrará su apogeo en las grandes potencias de Occidente entre las últimas décadas del siglo XIX y el estallido de la primera Guerra Mundial en 1914—, en las que se trata fundamentalmente de "olfatear" y "acertar" la dirección que va a tomar en el futuro la expansión in-

*Aspecto de la conferencia sobre el medio ambiente celebrada en Estocolmo, y patrocinada por las Naciones Unidas, durante el mes de junio de 1972.*





dustrial, así como la concreción sectorial de dicha expansión, con el consiguiente estudio *a priori* del volumen de inversiones que se precisará en cada uno de los sectores, así como la elección de las inversiones en función de perspectivas de rendimientos más altos a un plazo más o menos largo. El “mercado de capitales” está en su pleno apogeo y, por ejemplo, puede ser un buen negocio para los accionistas belgas invertir sustanciosas cantidades en España, pongamos por caso, a través de la “Compañía Asturiana de Minas”. Históricamente, también en esta fase —vinculada al imperialismo económico antes mencionado— no se plantea sólo la inversión capitalista en mercados nacionales muy distintos y distantes en ocasiones del punto de residencia de la persona que “arriesga” su dinero, sino que coincidiría con una poderosa y penetrante política colonial.

En el terreno de los sectores industriales, ya ampliados y potenciados hasta unos niveles lo más cercanos posibles al “óptimo máximo” deseable, el “problema” de la abundancia se dejará sentir, asimismo, de forma poderosa y con consecuencias en muchos casos de gran responsabilidad. En cada sector industrial —enfrentado a la competencia de otros paralelos en el mercado internacional— el problema de qué elegir o cómo elegir va a condicionar no sólo el volumen de nuevas inversiones, sino que se encontrará directamente relacionado (en volumen de beneficios, etc.) por el problema de los aciertos en la elección ante la competencia cada vez más dura de los restantes grandes industriales, en el marco internacional del sector, forzando, abriendo o cerrando diversos tipos de mercado. La proximidad de las luchas monopolísticas está cercana y conducirá, en los primeros lustros del presente siglo, a situaciones límite, con su trágico ápice en torno a 1914.

Paralelamente, la evidente problemática de la “elección” —siguiendo, en este caso, la división en etapas de W. Rostow— ofrece el salto a la tercera y decisiva etapa, ya plenamente situada en el siglo XX. Así, por ejemplo, es sabido que hacia 1900 los Estados Unidos de América del Norte habían conseguido plenamente la madurez industrial, es decir, la segunda etapa, superada de forma clara anteriormente por alguna potencia industrial tipo Gran Bretaña.

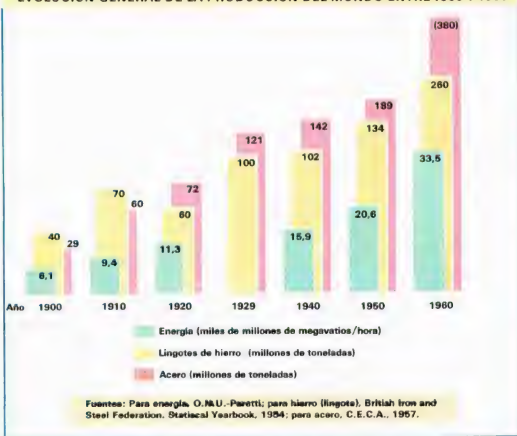
Hacia 1900, los Estados Unidos ratificaban la madurez mencionada efectuando —en la dramática coyuntura de 1898 para España— un breve pero sumamente significativo alarde de fuerza militar a nivel internacional, con su triunfo en la guerra de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Se trataría con tal acción de poner de manifiesto a los cuatro vientos la consolidación de un poderoso proceso de



*Lenin se dirige a los obreros de la fábrica Putilov (Biblioteca Nacional, París). La economía capitalista del siglo XX tropieza con el reto que le lanzan las economías de los países socialistas.*

crecimiento en el que la acción imperialista y colonizadora (con los episodios, por ejemplo, de Alaska o Hawai) desempeña un papel importante. A este respecto es conocida la anécdota que patentiza la conciencia propagandística de la madurez de la gran potencia americana: el presidente Teodoro Roosevelt, al margen de escribir que entonces, alrededor de 1900, los Estados Unidos “tenían necesidad de una guerra”, justificaría paralelamente su acción bélica diciendo que

#### EVOLUCIÓN GENERAL DE LA PRODUCCIÓN DEL MUNDO ENTRE 1900 Y 1950



## IMPLICACIONES ECONOMICAS DE LAS "REPARACIONES" DE GUERRA

No hace falta insistir demasiado en las consecuencias de todo tipo que aparejaría la cerrada actitud de los vencedores de la primera Guerra Mundial en la compleja cuestión de las "reparaciones" que debía pagar Alemania. El "revanchismo" que animaría a buena parte de la población germana y que facilitaría la proliferación y la instalación en el poder del aberrante fenómeno nazi tiene mucho que ver con el mencionado problema de las "reparaciones" de guerra. Por ello, no deja de ser importante señalar algunos de los aspectos económicos que engendró dicha cuestión.

Como es sabido, la conferencia de Londres —una de las veinticuatro que se dieron entre 1921 y 1922— celebrada en mayo de 1921 fijó la cuantía de las reparaciones que debía pagar Alemania en la cifra de 132.000 millones de marcos oro, que irían siendo abonados en pagos anuales de 2.000 millones, además de los ingresos que, de forma indeterminada respecto a la cantidad y muy concreta en cuanto a su proporción —el 25 por ciento—, se percibirían de las exportaciones alemanas.

Las cifras anteriores, no hace falta insistir mucho en ello, suponían unas decisiones draconianas que acabarían de redondear el peso de las medidas que, como pesado dogal, habían colocado alrededor del cuello de la destrozada nación alemana, entre 1918 y 1919, los vencedores de la guerra: pérdida del 13 por ciento de su territorio (la mayor parte sin ningún tipo de plebiscito o referéndum), pérdida que suponía, por otra parte, para Alemania la del hierro de Lorena, de la hulla del Sarre y de la Silesia superior, y de la potasa de Alsacia y que, en consecuencia, era un duro golpe para la economía alemana, que fue duramente tratada además por los firmantes del documento de Versalles en 1919, ya que se imponía a Alemania la entrega de buena parte de su flota mercante, la servidumbre del suministro de hulla y otras mercancías, junto con la concesión a los países de la Entente del trato de nación más favorecida y, asimismo, con la pérdida de todas las posesiones coloniales germanas. Por si todo esto fuera poco, la quebrantada estructura económica de Alemania iba a encontrarse afectada, debido al mismo tratado de Versalles, de forma considerable por la debatida y polémica cuestión de las reparaciones materiales o compensaciones en metálico por los destrozos causados en los territorios ocupados y por las atenciones a los mutilados y huérfanos de guerra de las potencias vencedoras.

El valor de dichas reparaciones había sido calculado por el tratado de Versalles en 300.000 millones de francos, suma que suponía una pesada carga para la economía de Alemania, inmovilizando, por

otra parte, la Hacienda germana para contribuir, de forma sustancial, a la reconstrucción económica del país. Todavía más, por el tratado de Versalles, la Comisión de Reparaciones adquiría el derecho de intervenir en las cuestiones internas de Alemania al poder controlar los ingresos públicos del país, su sistema fiscal y el presupuesto de la nación.

El hecho de que antes de 1935 se produjera la ruptura del tratado de Versalles demostró, por otra parte, hasta qué punto no era posible mantener un estado de cosas tan negativo para un país, en este caso Alemania, al que, de hecho, se trataba de constituir en responsable único de la primera Guerra Mundial y de sus desastres. El gobierno de Weimar, que conocía las duras condiciones de Versalles, el 7 de mayo de 1919 trató de mejorar el negativo cuadro que se le presentaba e intentó negociar. Sin embargo, ante amenazas muy concretas, tales como el bloqueo económico y la ocupación de su territorio, obligó al parlamento de la República alemana a aceptar tan pesadas condiciones, en fecha del 23 de junio.

La cuestión de las reparaciones, sin embargo, no iba a ser aceptada —al igual que otras imposiciones— tan fácilmente. Y si bien es verdad que la asamblea de Weimar se vio obligada a aceptar el tratado de Versalles en la fecha antes mencionada, debe señalarse asimismo que ello fue acompañado de una enérgica y casi desesperada protesta. Por otra parte, en el bando de los vencedores no existió una actitud totalmente monolítica y acorde respecto a las "reparaciones", y por ello, la cuestión apareció en casi todas las agendas de las numerosas conferencias que, tal como se ha señalado, se celebraron entre 1920 y 1922.

Ya antes, en el bando vencedor habían aparecido protestas muy concretas e importantes, al margen del significativo aislacionismo norteamericano, al no ver aceptado el espíritu de paz propuesto por el presidente Wilson en sus célebres puntos. Una de las protestas más relevantes se redactó, en el King's College, de Cambridge, en noviembre de 1919 y se divulgó por todo el mundo en el año 1920. Nos referimos a la obra de John Maynard Keynes que lleva el título de *Las consecuencias económicas de la paz*. De dicha obra, el capítulo V, denominado concretamente "Reparaciones", ocupa prácticamente la mitad del conjunto de páginas que la constituyen. Keynes, que tras el crack de 1929 adquirió renombre universal, había asistido a las reuniones de 1919, pero resignó sus funciones el 7 de junio al comprobar que no era posible esperar modificaciones más favorables del tratado. En sus líneas finales, el mencionado capítulo de Keynes terminaba declarando que "las na-

ciones no están autorizadas ni por la religión ni por la moral natural a castigar a los hijos de sus enemigos por los crímenes de sus padres o de sus dirigentes".

La obra de protesta de Keynes concluía afirmando que "la voz verdadera de la nueva generación no ha hablado todavía. La opinión silenciosa no se ha formado aún", y dedicaba su obra a la creación de tal opinión. Paralelamente, las disensiones entre franceses y británicos iban a contribuir a fortalecer la voluntad alemana de no someterse a las pesadas estipulaciones fijadas en Londres. Y ello desde un principio. Tal oposición provocó la ocupación francesa del Ruhr en 1923.

Evidentemente, la cuestión del Ruhr obligó a nuevos replanteamientos (comisión Dawes de 1924, reunión de Locarno de 1925, etc.). El tratado de Locarno había de contribuir a una distensión necesaria que, a la larga, favorecería una discusión más flexible de la molesta cuestión de las reparaciones de guerra. Así, surgió el plan Young, que modificaba sustancialmente tanto la evaluación como el abono de las anualidades y creaba, para contribuir a llevar a buen fin el empeño, un Banco Internacional de Pagos, que quizás hubiera dado algún resultado positivo de no mediar las negativas consecuencias del desastre económico mundial de 1929.

De hecho, en la discusión —iniciada en 1919— se había tardado demasiado tiempo. Los años habían transcurrido y, con ellos, las implicaciones económicas de la cuestión de las reparaciones de guerra alemanas llegaron a envenenar no poco un estado general de cosas, que contribuiría tanto a la misma grave crisis de 1929 como a la posterior instalación de los nazis en el poder en Alemania.

La cuestión, en su conjunto, se comprende más todavía si se tiene en cuenta que, si bien fue la más afectada, Alemania no era el único país "castigado" por los vencedores a pagar reparaciones de guerra. También lo fueron Austria y Hungría, que arrastraron una existencia deplorable hasta las mismas vísperas de la segunda Guerra Mundial. La pérdida del valor adquisitivo del dinero, las oleadas de parados y otros males que sufrió la economía de dichos países explican no sólo el "revanchismo" que se animó en todos ellos a lo largo de tantos años, sino las incidencias de tipo general que la enojosa cuestión de las "reparaciones de guerra" tuvo en la economía centroeuropea, complicando situaciones y empeorando las precariedades que caracterizan el pretendido período de supercapitalismo y de prosperidad que, como tupida cortina de humo, aplazó ante los ojos del mundo el estallido desastroso de la Gran Depresión de 1929.

A. J.



los habitantes de la Unión tenían que pensar en horizontes y en perspectivas nuevas y, en consecuencia, convenía proponerles "algo en que pensar que no fuera la ganancia material".

En el paso de la madurez a la plenitud de la "elección" o de las "elecciones" es donde se plantea la alternativa más dramática del crecimiento económico, ya que, extendida una capacidad adquisitiva relativamente alta entre diversos y amplios sectores de población, se trata—como escribirán pomposamente algunos autores— de afrontar el momento decisivo de seleccionar, de construir unos esquemas, un "estilo" de vida válido de hecho para toda una sociedad. Y en la práctica se multiplican los escollos y proliferan las tentaciones. El proletariado se deja atraer por la posibilidad de reivindicar y obtener mejoras sustanciales de sus condiciones de vida y de trabajo, pero al hacerlo olvida no sólo su viejo ideal de solidaridad universal, sino que, al convertirse en cierto modo en cómplice de una política imperialista, participa en cierto grado de la responsabilidad en la explotación de las grandes masas subproletarias de los países coloniales.

Paralelamente, en la práctica, los "grandes ideales" que se propugnan como posibilidad del aprovechamiento de la madurez y de la plenitud industriales se orientan, como se ha podido comprobar a lo largo del presente siglo, hacia la multiplicación de la capacidad del consumo de masas. Objetivo que a su vez aumenta el papel de los mecanismos de producción y de control de la riqueza y, al propio tiempo, ofrece horizontes de lujo, planteados cada vez con mayor refinamiento para las minorías más selectas. A la larga, el proceso se convierte en una tarea extraordinariamente difícil y vulnerable, que, de modo especial, incumbe a los dirigentes de las vías neocapitalistas del presente.

### III. LAS LÍNEAS DEL DESARROLLO INCOMPLETO

Tópicamente, y con razón en este caso, se presenta a los Estados Unidos como el país que mayormente ha realizado los objetivos derivados de las tres etapas definidas por Ros-tow y que, desde principios del presente siglo, se han convertido en adelantados de la "sociedad de consumo". Será también en los Estados Unidos donde más claramente se advierte el divorcio de sus grandes masas trabajadoras respecto de la problemática obrera internacional, apoyando, por ejemplo, la puesta en marcha de restrictivos cupos de emigración, o planeando unas realidades sindicales plenamente integradas con el tipo de

sociedad inmediata, con sindicatos abiertamente colaboradores de las iniciativas capitalistas.

Pero si los Estados Unidos se anticipan a muchas realidades de una economía de madurez y plenitud industrial que ha conseguido los grandes objetivos de su "crecimiento económico", todo el conjunto occidental, el denominado mundo capitalista, con matices mayores o menores en el espacio y el tiempo, ha tendido a mostrar la configuración de una sociedad movida por imperativos de consumo y de horizontes de civilización paralelos. Tal demostración evidencia la existencia de unas líneas de desarrollo incompleto, de un crecimiento que presentaba y presenta fallos en algunos puntos capitales. La vieja idea de multiplicar los bienes, de permitir el acceso al disfrute del mayor número de productos posibles, no pretendía encerrar, de hecho, al hombre en un ciclo meramente económico de producción-consumo. Pretendía que el desarrollo económico, el éxito del aumento de la productividad, etc., favoreciera facetas muy distintas de la vida del individuo.

El ejemplo norteamericano debe ser citado repetidamente, ya que los Estados Unidos constituyen la zona adelantada de esta sociedad en apogeo, pero, sin embargo, de desarrollo incompleto. Por otra parte, la posición hegemónica que ocupan los Estados Unidos en la vida contemporánea justifica sobradamente la necesidad de acudir a las citas, referencias y ejemplos que dicho país proporciona. Ejemplos válidos para demostrar fenómenos y realidades que cubren muchos campos.

*Astilleros de Yokohama, en Japón. En la etapa de la madurez industrial, las construcciones navales, por ejemplo, rebasan la antigua euforia de la industria pesada, que se basaba tan sólo en el carbón y el acero.*





*Cementerio de automóviles. Uno de los grandes problemas que tiene planteada la maduración industrial es el empleo que debe darse a los restos de la producción y a lo que sobra.*

En primer lugar, junto al retraso de ciertas regiones agrícolas, es evidente en los Estados Unidos la clara tendencia a la concentración económica en manos de pequeñas minorías muy poderosas. Así, por una parte, en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX se observa la proliferación de los *trusts* y de los *monopolios* de muy diversos tipos; tales organizaciones pasarán, por ejemplo, de la cifra de 86 entre 1887 y 1897, a ser ya 149 entre 1898 y 1900, y a la de 127 entre 1901 y 1903. El proceso de concentración no ha sido pasajero y se ha manifestado como uno de los fenómenos más decisivos del capitalismo contemporáneo.

Cuando el monopolio no sea un término aceptado, los norteamericanos se manifestarán como hábiles constructores de *oligopolios*, definiendo dichas realidades como monopolios incompletos, en los que grandes vendedores "se esfuerzan por satisfacer las necesidades de una multitud de compradores". Tras las campañas *antitrusts* se ha demostrado que la concentración capitalista no desaparecía, sino que se reafirmaba continuamente como una tendencia poderosísima del desarrollo económico del mundo capitalista. Las empresas gigantes han multiplicado y multiplican día a día su envergadura y su poder. Año



*Complejo industrial en Hamburgo. La República Federal Alemana es uno de los casos típicos en que el número de sociedades anónimas ha aumentado de manera extraordinaria en pocos años.*



tras año, un número menor de sociedades controlan una cifra mayor de capital y una masa más voluminosa de negocios. Y el fenómeno no es sólo norteamericano. Es algo típicamente distintivo de las realidades capitalistas en general.

Así, por ejemplo, una vez superados los destrozos de la segunda Guerra Mundial, la República Federal Alemana ha asistido a la proliferación de fenómenos parecidos: alrededor del año 1959, el 3 % de las empresas industriales ocupaban más del 50 % de los obreros del conjunto de la República y representaban el 58 % de la cifra de negocios totales de la industria. En 1950, en la mencionada Alemania el 8 % de las empresas controlaban el 50 % de la renta general, habiendo pasado entre 1956 y 1959 al 3 % antes mencionado. En esos mismos años —entre 1956 y 1959—, ocho *trusts* producían en la República Federal Alemana el 80 % del acero. El más importante de ellos era Krupp, cuya cifra de negocios evolucionó en dichos años del siguiente modo:

2000 millones de marcos en 1956  
4000 " " " " " 1959

O sea un aumento del 100 por 100 en el transcurso de tres años. A Krupp le seguía, en 1959, el grupo de fábricas Thyssen, con una cifra de negocios de 3300 millones de marcos. A los nombres mencionados podemos añadir otros, con intereses de ámbito mundial y de nombres sobradamente conocidos: Hoesch, I. G. Farben, etc. En la misma república germana, el conjunto de las finanzas aparece, de hecho, controlado por tres grandes bancos: Deutsche Bank, Dresdner Bank y Commerzbank. Más significativo quizás es el proceso de evolución de las sociedades anónimas en el ámbito geográfico que actualmente constituye la República Federal Alemana:

Año 1938.	Número de sociedades anónimas.	5000
» 1958.	Número de sociedades anónimas.	2500
Año 1938.	Número de anónimas con capital superior a 100 millones de marcos.	25
» 1958.	Número de anónimas con capital superior a 100 millones de marcos.	50

Mientras en el transcurso de veinte años el número de sociedades anónimas en el ámbito de la Alemania Federal descendía a la mitad, en el mismo espacio de tiempo aumentaba un 100 por 100 el número de sociedades anónimas que contaban con un capital de relativa importancia. Y más signifi-

# **INCREMENTO DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL EN EUROPA OCCIDENTAL Y LOS ESTADOS UNIDOS, ENTRE 1901 Y 1955** (según BLOCH Y PARETTI)

Población (millones de habitantes)		
EUROPA OCCIDENTAL	Años	EE.UU.
	1901	77,6
	1913	97,2
	1929	121,8
	1937	129,0
	1955	165,2
	1960	180,7

Índice general de la producción industrial (volumen, según índice 1938 = 100)		
EUROPA OCCIDENTAL	Años	EE.UU.
	1901	35
	1913	66
	1929	124
	1937	127
	1955	291
	1960	334

Índice de la producción industrial "per cápita" (índice Europa occidental 1955 = 100)		
EUROPA OCCIDENTAL	Años	EE.UU.
	1901	74
	1913	109
	1929	165
	1937	160
	1955	285
	1960	288

cativo es todavía el aumento mencionado y el lugar que ocupaban en el conjunto de la vida económica de dicho país si se pone de manifiesto que en dicho año 1958 las mencionadas 75 sociedades anónimas, con un capital superior a 100 millones de marcos (en un conjunto de 2500 anónimas), sumaban una participación que equivalía al 46 % del total del capital en acciones de la República Federal Alemana, manifestaciones concentracionarias de año en año, no es el único ejemplo, ni mucho menos, de unas manifestaciones muy arraigadas, básicamente vinculadas al desarrollo de lo que se ha dado en llamar "neocapitalismo".

Tras la puesta en marcha, en Europa occidental, de los trascendentales acuerdos del Tratado de Roma, se constituyó el Mercado Común o Comunidad Económica Europea (C.E.E.), primeramente por seis países: Fran-



*A la izquierda, Edward Heath, primer ministro de Gran Bretaña, firma el ingreso de su país en el Mercado Común. A la derecha, primera sesión de los nueve miembros del Mercado Común en la sede de dicho organismo en Bruselas.*



cia, República Federal Alemana, Italia, los tres componentes del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo), y ampliado posteriormente a nueve países, al ingresar definitivamente, en enero de 1973, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Irlanda (Eire) y Dinamarca, habiendo quedado fuera de la C.E.E. Noruega como resultado de un referéndum desfavorable a los partidarios del Mercado Común. Se ha puesto de relieve de forma patente y decidida el impulso concentracionario antes aludido, al que se une como factor de gran importancia y profunda significación, tanto económica como social, el desarrollo creciente de los fenómenos de empresas multinacionales, escuelas lógicas del mencionado proceso oligopolítico.

Pero volviendo de nuevo al ejemplo de los Estados Unidos, puede señalarse que no sólo se observan fenómenos parecidos a los citados anteriormente para Alemania, sino que además la concreta realidad de su consolidación y antigüedad es mayor. Desde décadas, en los Estados Unidos nadie discute ya ciertos hechos consumados, como el de que unas pocas empresas de gigantescas dimensiones se reparten prácticamente en su totalidad una determinada rama de la producción: de los cigarrillos o el tabaco, el aluminio o el acero. Estadísticas, encuestas y estudios de todo tipo ponen de manifiesto un hecho incuestionable: alrededor de 200 grandes empresas controlan más de la mitad de la producción y de la cifra de negocios de los Estados Unidos. Frente a tales concentraciones, las acciones del estado en "defensa de

la libre iniciativa", etc., se han estrellado una y otra vez, como ocurrió en 1948, con el fracaso gubernamental ante los grandes controladores del mercado tabaquero (Chesterfield, Lucky Strike, Camel). De este modo, se han consolidado poderosamente fabulosas empresas como la General Motors, la Standard Oil, Dupont de Nemours, United States Steel Corporation, etc.

El *american way life*, por otra parte, se ha convertido para muchos, en regiones y zonas muy distintas del mundo, en un ejemplo fundamental, que debe ser imitado. De este modo, junto al desarrollo de los gigantes controladores, en sus porcentajes más decisivos y prácticamente mayoritarios de los resultados del proceso de producción, la idea —tal como, por ejemplo, aparece descrita por White al hablar del "hombre de la organización", del hombre común y gris de la civilización del bienestar, identificado plenamente con los objetivos de la misma— de que todos los componentes de las grandes potencias desarrolladas del mundo participaban activa y continuamente de las ventajas de todo tipo que la acumulación de poder económico y de riqueza iban o van promoviendo. En este sentido, concretamente, han sido varios los autores que, en un afán honesto de puntualizar diversas cuestiones y de clarificar algunos puntos susceptibles de ambigüedad o de confusión, han puesto de relieve, por ejemplo, el papel fortalecedor del pequeño núcleo de controladores del capital y de sus posibilidades de ventaja y de beneficio, efectuado, de hecho inconscientemente, con una

impotencia manifiesta, efectiva y clara), llevado a cabo por los contingentes más o menos numerosos, según las sociedades concretas y determinadas, de "pequeños accionistas".

Se ha escrito y se ha hablado mucho, en efecto, en torno a los mitos del ahorro modesto, del pequeño accionista, de las legiones de hombres y mujeres que cortan cupones y cobran dividendos. Los argumentos mitológicos son harto conocidos: el más pequeño, el más humilde o modesto de los ahorradores puede convertirse en propietario de acciones de las más importantes empresas y, con ello, adquirir y ejercer derechos sobre ellas. No hace falta entretenerse en demasiados análisis para descubrir los aspectos falaces o, por lo menos, confusionarios de una argumentación parecida.

En primer lugar, cabe destacar que una sociedad anónima es una sociedad de capitales y no de personas. En este sentido, pues, los accionistas no son ni directores ni propietarios del negocio. En segundo lugar, el traído y llevado argumento de la "soberanía", del "poder" del accionista también aparece como algo fuera de la realidad auténtica. Así, al margen ahora de las referencias posibles a las anónimas de carácter familiar, las famosas juntas generales resultan, en la práctica, otra ficción: el capital está desperdigado en multitud de pequeños paquetes desprovistos de cohesión efectiva. Máxime cuando la gran sociedad anónima de que estamos hablando no tiene nada que ver con las empresas cooperativas verdaderas.

De este modo, atomizado, dividido, desperdigado, el pequeño accionista poco o nada puede hacer en las juntas generales, debiendo contentarse, a lo más, en dar un visto bueno de mero trámite a una acción empresarial, que no pueden ni cambiar ni incluso orientar mínimamente hacia otros derroteros. Y, asimismo, los mencionados pequeños accionistas que hemos visto carecer de responsabilidad efectiva participan, en todo caso, en unas elecciones en las que de hecho su voto no cuenta ciertamente y que, en consecuencia, pueden calificarse de elecciones ficticias o cuasi ficticias.

El problema es de una complejidad extraordinaria. Según las zonas o las sociedades concretas, se ofrece, de forma más o menos difuminada, el mito de la empresa concebida como una "gran familia", cuando, en realidad, la tendencia imperante es la de edificar sólidamente una gran sociedad en la que se concentra mucha fuerza y poder y en la cual, escondida tras las siglas de S. A., juega un gran papel el concepto sociojurídico de "persona moral". Así, en la línea apuntada, es necesario observar la auténtica signi-

ficación y el verdadero papel de las decisiones tomadas por los consejos de administración, en los que se trata de aparentar la expresión de una voluntad colectiva, cuando, en realidad, en tales decisiones sólo cuentan los concretísimos y delimitados intereses de unos pocos.

Siguiendo el análisis apuntado, se descubre asimismo que la ficción de la personalidad moral antes aludida permite a la gran sociedad no sólo cubrir ventajosamente una serie de objetivos que se muestran bajo la capa del anonimato y de la irresponsabilidad general de los miembros que constituyen la gran sociedad a que venimos haciendo referencia, sino que además tal recubrimiento permite a los grandes dirigentes, a los poderosos gestores y *managers* de las grandes empresas disfrutar efectivamente de una serie de privilegios que, dados los condicionamientos de espacio, no vamos a enumerar ahora y que, por otra parte, son suficientemente conocidos de todos.

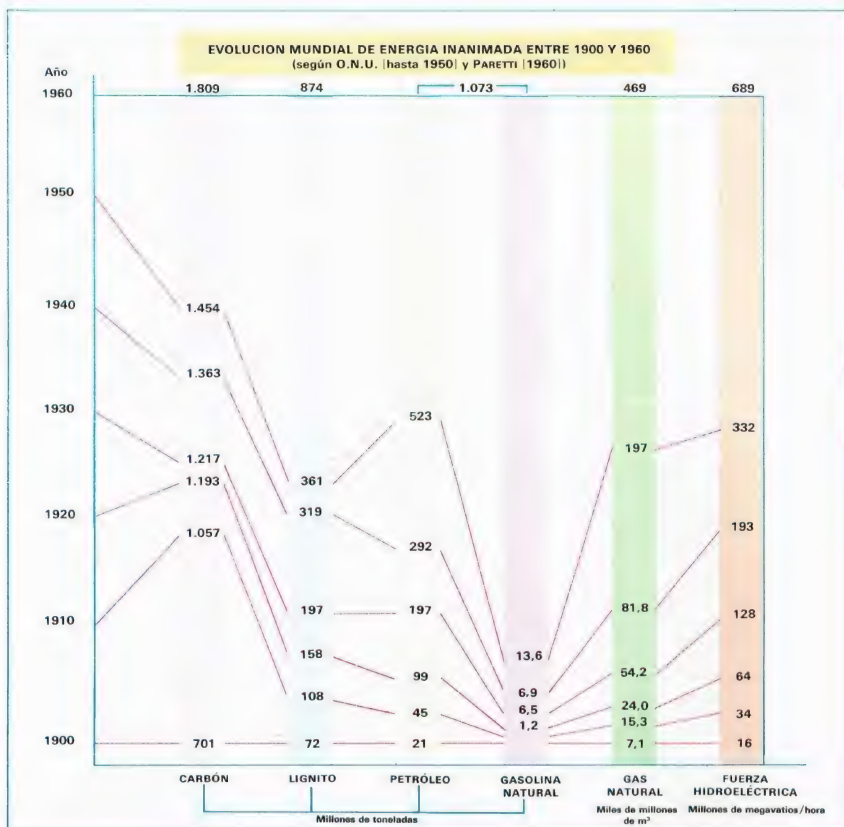
Asimismo, en nombre de la libertad, del derecho de cada persona o grupo de personas a elaborar y seguir el camino que puedan o quieran escoger con mayor facilidad, comodidad, rentabilidad, etc., los fundadores, primero, y los núcleos verdaderamente minoritarios que controlan y dirigen las grandes compañías, tienen permitido elaborar los estatutos y rectificarlos paralelamente, consiguiendo no sólo una normativa jurídica que les permite gran flexibilidad y libertad de movimientos, sino que además disponen de instrumentos técnico-legales que ante los pequeños accionistas les permiten llevar a cabo todo tipo de combinaciones.

Así, han ido surgiendo y van surgiendo todavía, pongamos por caso, los grupos de sociedades con compañías-madre o matrices,

*La sociedad de consumo se ve "martilleada" por diversos sistemas de publicidad (en este caso, anuncios luminosos) que le "convencen" de la necesidad de adquirir y disfrutar toda clase de "bienes de consumo".*







filiales, asociadas, etc., que favorecen la agrupación de fuerzas económicas y, en consecuencia, derivan hacia la formación efectiva de conjuntos de tipo concentracionario dotados de gran poder económico y que constituyen, en fin, conjuntos capitalistas gigantescos, en los que prácticamente, de forma directa o a través de "hombres de paja", según la legislación de diversos países, un mismo administrador (consejero, delegado, etc.) ejerce funciones múltiples en grupos de empresas muy diversas, al tiempo que posee de-

rechos muy amplios, numerosos y poderosos, en una ficción parecida a aquella que hace referencia al "dinero que trabaja", cuando, en realidad, el trabajo continúa siendo efectuado decisivamente por el equipo técnico (máquinas y demás ingenios derivados del industrialismo) movilizizado, cuidado y manejado por los operarios de las diversas empresas.

De este modo, casi insensiblemente, en el desarrollo de las sociedades avanzadas del presente siglo y en la evolución paralela de

la vida y la actividad de la economía, el observador imparcial comprueba, tal como han podido hacerlo diversos autores, que el denominado teóricamente régimen democrático de las grandes sociedades y compañías se convierte o conduce al triunfo y a la hegemonía de una pequeña minoría de capitalistas. En este sentido, en gran número de casos y de países la pretendida democracia de los múltiples y variopintos componentes de las sociedades anónimas acaba por convertirse en una auténtica pantocracia.

Repasando datos y cifras de toda índole, a lo largo del presente siglo, y confirmando y consolidando una tendencia ya claramente dibujada en el siglo XIX, se comprueba no sólo el desigual reparto de las fortunas y las rentas en los diversos países del mundo, sino que se observan análogamente fenómenos de desigualdad en el seno de cada país y, concretamente, de cada país desarrollado. En la práctica, los mitos del "pequeño ahorro", de la suma de las "modestas inversiones", no hacen –tal como ha podido comprobarse históricamente– más que consolidar el apogeo de los compactos núcleos del gran capital, ya que dicho ahorro y dichas inversiones modestas aparecen hábilmente orientadas y colocadas en beneficio real y al servicio de enormes potencias dinerarias, en un proceso de concentración capitalista y en la realización de un paralelo proceso, muy complejo, de transformación de las mentalidades, en el que el papel de cierto "aburguesamiento" y la formación de una imagen de identificación con el poderoso sistema socioeconómico dominante se van creando de manera más o menos paulatina. Tal fenómeno, por ejemplo, puede comprobarse a través de los deseos de satisfacción y los gestos de tipo mimético que realizan los hombres típicos del "pequeño ahorro", o los representantes más típicos y arquetípicos de "pequeños accionistas", etc.

En la línea apuntada y a lo largo de las últimas décadas, el neocapitalismo, superando determinados esquemas de las modalidades capitalistas anteriores, ha tratado de vencer a amplios sectores de la población en los diversos países acerca de la "auténtica" realización de un profundo y trascendental proceso de "popularización" del capital –de la consecución del tan traído y llevado "capitalismo popular", del que tanto se habló hace algún tiempo– capaz de englobar en el corazón de las más positivas y beneficiosas ventajas capitalistas a todo el conjunto de la población. Una tendencia que, por otra parte, se encuentra al mismo tiempo en abierta y flagrante contradicción con el deseo de los más ricos y poderosos de aparecer en todas partes a través de mil formas de ostentación



*Las manifestaciones en pro de un "capitalismo popular" están en flagrante oposición con el deseo de los poderosos en aparecer como privilegiados a través de mil modos de ostentación, como son las llamadas "fiestas de selección".*

y de exhibición posibles (cacerías, clubs limitados, fiestas de "alta selección") como los privilegiados y "bienestantes" fundamentales. Un afán de una minoría que empalma con el anteriormente citado fenómeno de concentración económica y productiva en pocas y al propio tiempo grandes empresas.

Paralelamente, en la práctica, a la imbatible fuerza de las grandes sociedades, los Estados Unidos han venido apareciendo como los grandes propulsores del boom del consumo. En este sentido, concretamente, el antes apuntado "sistema de vida americano", popularizado por el cine y por la televisión, se ha convertido en un tópico ideal en el que el comprar todo tipo de cosas ocupa el papel principal y decisivo: utensilios domésticos de todas clases, automóviles, artículos confeccionados, etc. Y al propio tiempo, los mismos medios de comunicación social antes mencionados han ido creando, de hecho y en casi todos los rincones del mundo, un conjunto de mimetismos, de deseos de imitación que aparecen casi como irreversibles: todo tipo de gentes, en puntos y lugares muy diversos de la geografía universal, desea "disfrutar" de los mismos "bienes de consumo"; día a día, sectores cada vez más amplios y dotados de mayor empuje se van "convenciendo" o parecen ya plenamente "convencidos" –a través de la formidable labor desplegada por los diversos y machacones sistemas de publicidad; a través de la radio, la televisión, el cine, los anuncios luminosos, los carteles en carreteras y autopistas, etc.– de la

## EL RETO HISTORICO DEL CRECIENTE INCREMENTO DE LA POBLACION MUNDIAL

Uno de los fenómenos más destacados en las últimas décadas es, sin ningún género de dudas, el de la curva de formidable ascenso que está experimentando la población mundial, en especial a causa de los prácticamente fabulosos aumentos de población que están experimentando la mayor parte de los países del llamado Tercer Mundo. En los últimos años puede decirse que, como promedio, se produce un incremento neto de más de 50 millones de individuos en la población mundial.

Sabido es que hacia 1950 la población mundial se acercaba a los 2.500 millones de habitantes y que, sólo diez años más tarde, en 1960, sobrepasaba la cifra de 3.100 millones y posteriormente el ritmo de crecimiento ha proseguido todavía más rápido. En otras palabras, la tasa media de crecimiento anual de la población mundial, que entre 1850 y 1900 era aproximadamente de 0,7 por ciento y que había pasado a acercarse al 1,1 por ciento entre 1900 y 1950, se había convertido ya en el 1,18 por ciento entre 1950 y 1960, pasando a ser el 2,1 por ciento entre 1960 y 1962. Es decir, año a año aumenta el ritmo de la explosión demográfica que surgió a partir de la Revolución industrial y del éxito del industrialismo.

Hacia 1750, unos treinta años antes de que se iniciara la Revolución industrial en Inglaterra, el total de la población de la tierra podía fijarse entre los 650 y los 850 millones de habitantes. En 1850, un siglo después, cuando el industrialismo era ya una realidad palpable en la mayor parte de los países de Occidente, el total mundial de población podía calcularse entre 1100 y 1300 millones de habitantes, es decir, un aumento de unos 450 millones de habitantes en el curso de cien años. Un incremento ya formidable que aumentaría al calcularse la población mundial en 1900 en 1600 millones y al acercarse a los 2500 millones en 1950.

Señala un conocido demógrafo que, ante el aumento incesante y cada vez a un ritmo más rápido de la población mundial, un biólogo, observando el diagrama que presenta el crecimiento reciente de la población del mundo, situado en una perspectiva a largo término, declaró tener la impresión de encontrarse en presencia de una curva de crecimiento de las presentadas por los tipos de población microbiana en un cuerpo asaltado súbitamente por una enfermedad infecciosa, de forma que, concluye el demógrafo, puede prácticamente hablarse de que el "bacilo" hombre se está apoderando del mundo. Y lo está haciendo a gran velocidad.

Los problemas supuestos por un aumento parecido son prácticamente insolubles y llegan a ofrecer para muchos incluso un horizonte trágico. Así, son varios los auto-

res que se han hecho eco del siguiente planteamiento, lleno de sugerencias y apto para muchas reflexiones: si en los años venideros la población mundial, que ya ha dejado atrás la cifra de 3000 millones, crece a una tasa de promedio de 1,15 por ciento anual (y ya se ha señalado que el ritmo, entre 1950 y 1960, era de 1,18 y de 2,1 por ciento entre 1960 y 1962), doblará su total en cuarenta y seis años. A una tasa de crecimiento del 2 por ciento, doblaría dicho total en treinta y cuatro años. De acuerdo con tales cálculos, creen dichos demógrafos que queda claro que unas tasas de crecimiento semejantes no pueden continuar, ya que, incluso siendo optimista respecto a los recursos naturales y potenciales del mundo y, asimismo, acerca de los efectos globales del desarrollo de la tecnología en la producción de alimentos y de otras necesidades, faltarían recursos para mantener unos totales de población tan formidables.

En este sentido, el extraordinario incremento de la población mundial en las últimas décadas plantea una serie de angustiosos interrogantes que, en definitiva, hacen suponer que la población del globo terráqueo tiene un "techo", un tope máximo, de desarrollo numérico. De acuerdo con tales planteamientos y comparando, por otra parte, el aumento de la población humana con el de otras especies animadas, son bastantes los demógrafos que han llegado a señalar que si, en un futuro no demasiado lejano, la tasa de natalidad no disminuye será preciso que aumente la tasa de mortalidad.

Aceptada la hipótesis de un "techo" de población mundial máxima, es explicable que aparezcan argumentaciones "niveladoras" que, en lugar de plantearse otros posibles campos de estudio o de reflexión, acuden al cómodo pero terrible de presentar una alternativa entre las tasas de natalidad y de mortalidad, o deja de ser tan alta la tasa de natalidad lo, peor todavía, según dichos demógrafos, deja de aumentar la tasa de natalidad), o se incrementa la tasa de mortalidad. El exceso de nacimientos debe ser compensado por un aumento de las defunciones. Argumentaciones pesimistas de signo parecido son aquellas que fríamente, olvidándose de que se están refiriendo a seres humanos, hablan del "papel compensador" que, a lo largo de los siglos, han jugado tanto las guerras y otro tipo de violencias provocadas por el hombre como las catástrofes naturales (epidemias, terremotos, etc.).

Es evidente, sin embargo, que si bien las tesis que pueden calificarse de pesimistas no satisfacen, la serie de angustiosas cuestiones que plantea una prolongación durante una serie de años del cada vez más rápido incremento de la población mundial no se resuelven simplemente

rechazando las tesis pesimistas. El problema, en su conjunto, es mucho más complicado. La experiencia histórica ha demostrado que, de forma más o menos rápida, el primer círculo de la explosión demográfica mundial, el constituido por los países económicamente desarrollados, Europa, América del Norte (México aparte) y la U.R.S.S., ya se ha cerrado prácticamente, habiendo alcanzado o estando a punto de alcanzar ya lo que podría denominarse como equilibrio demográfico "industrial", caracterizado por paralelas tasas bajas de mortalidad y de natalidad. Sin embargo, el segundo círculo, que ofrece todos los síntomas de ser mucho más explosivo que el primero y que está constituido por buena parte de Asia, América latina y África, presenta unos incrementos demográficos de una magnitud sin precedentes, con tasas entre el 2 y 2,5 por ciento anual, y por el momento no tiene trazas de disminuir. El problema se centra en torno a la cuestión del tiempo que pueden requerir las zonas de dicho segundo círculo para alcanzar el equilibrio "industrial" del primero; el interrogante evidentemente no es nada fácil de contestar.

En todo caso existen una serie de datos, de observaciones objetivas, que pueden ayudar a un planteamiento más exacto del problema angustioso que evidencia el amplio crecimiento demográfico que se ha señalado. Estos datos, junto con las reflexiones y los interrogantes que abren, pueden resumirse del modo siguiente: los actuales países económicamente desarrollados experimentaron sus incrementos de población al mismo tiempo y a causa de la Revolución industrial. En tales casos, el crecimiento demográfico no fue otra cosa más que un aspecto de un conjunto complejo y al propio tiempo equilibrado de cambios producidos en las esferas económicas, sociales y científicas, de forma que proporcionaron los medios de alimentar a una población creciente y de mantenerla en inmejorables condiciones sanitarias.

Por el contrario, en los países del segundo círculo la cuestión se presenta de forma harto distinta, ya que el aumento de habitantes no es el resultado, o mejor dicho, un aspecto, de un conjunto equilibrado de cambios, sino—por lo menos en parte—como producto de unos cambios efectuados en otras partes. Para tales países parece ser que la única solución posible es la de una rápida industrialización. Pero las dificultades presentadas en tales zonas para llevar adelante procesos industrializadores no permite pensar que el ritmo rapidísimo de industrialización pueda alcanzarse sencillamente. Es preciso, por tanto, encontrar una solución, que no se atisba con facilidad en el presente.

A. J.



# LAS GRANDES REGIONES INDUSTRIALES



importancia, urgencia y necesidad de ejercer sus "derechos inalienables" al uso de todo aquello que, de forma continuada, constante, insistente, les están "martilleando" a través de los oídos, la vista, etc., los mencionados medios de comunicación social.

La acción de las formas de publicidad, el papel engendradora de mimetismos, aumentan el afán de hacer frente a nuevas y supuestas necesidades artificiales, a disfrutar de unos bienes de producción cada vez más perfeccionados, más ventajosos y útiles para los consumidores. Así, el incremento de la producción se encuentra paralelamente "compensado" por la capacidad demostrada por los compradores, que a través de su anhelo por satisfacer sus "necesidades" más o menos impuestas o por alcanzar las cotas de "mejora", que se confunden con un aumento de su capacidad de consumo, adquieren todos aquellos productos que continuamente el perfeccionamiento tecnológico y las innovaciones en los sistemas de fabricación y de distribución ponen, a veces sólo en apariencia, más fácilmente al alcance de un público consumidor, con tendencia a adquirir mayores cantidades de bienes y ampliar sus fronteras, más o menos definidas.

No obstante, tal como antes ya ha quedado apuntado, la propia historia del siglo XX demuestra las limitaciones de un aumento de poder adquisitivo que en la práctica equilibraría (en un supuesto mundo armónico) la producción con el consumo y conseguiría que todos los hombres disfrutasen de un "mínimo" adquisitivo satisfactorio. Por el contrario, a través de diversos fenómenos: permanencia de factores de retraso en países todavía muy alejados de unas plataformas de industrialización más o menos sólidas, ex-

traordinario incremento demográfico en la mayoría de los países del denominado Tercer Mundo, etc., a través de fenómenos parecidos —es necesario insistir en ello— se comprueban las reales limitaciones de un sistema económico que, al propio tiempo que ha tenido que asistir al desarrollo y evolución de la economía socialista, primero en la U.R.S.S., después en las "democracias populares" de Europa oriental y de China, así como de su penetración y permanencia en países tan diversos como Cuba y el Vietnam; al propio tiempo —conviene dejar aclarado este fenómeno de coincidencia en el momento histórico— ha demostrado su incapacidad por saltar determinadas barreras, y tal como han señalado autores como Baron, a lo largo del presente siglo ha sido posible comprobar, por ejemplo, que los capitales no se han trasladado a zonas necesitadas de una "puesta al día", de un empuje y de una plataforma que permitiesen el aumento importante y transformador de la productividad y de los niveles de vida.

Todavía más, la historia de las décadas transcurridas del siglo XX ha puesto en evidencia que cuando los capitales se han "movido" de sus típicos y tópicos feudos occidentales, tal hecho se produjo o se viene produciendo para conseguir —como objetivo fundamental y único— unos altos beneficios proporcionados por los países atrasados, que ofrecían u ofrecen ciertas garantías de "seguridad" a los inversores y que con frecuencia equivalían dichos beneficios a una importantísima parte, en bastantes ocasiones a casi la totalidad de la ganancia representada por el aumento de producción, tanto de materias primas como de otros elementos, posibilitado por las inversiones antes mencionadas.



*Planta para la transformación de la bauxita en Kimbo, Guinea. Los países del Tercer Mundo están haciendo un esfuerzo extraordinario para salir cuanto antes de su depresión económica.*

De este modo se ha podido contemplar el fenómeno de que, a pesar de la "colocación" de capitales en ciertos países, que no quedaban, o no quedan, incluidos exactamente en los límites más o menos elásticos de lo que se entiende por Occidente, no se producía en tales regiones o zonas el incremento, que podría suponerse como lógico y normal, del producto nacional total, al propio tiempo que, por circunstancias diversas, en los mencionados países la distribución de la renta existente no permitía en modo alguno que el más o menos relativo incremento que dicho producto nacional pudiera suponer no se manifestara —a través de una "armonía" supuesta del aumento de la renta *per cápita*— una mejora de las condiciones generales de vida de la gran mayoría de los habitantes de dichas zonas. Es decir, el relativo incremento antes apuntado, dada la propia distribución de la renta existente, no permitía o no permite todavía que ello se tradujera en una alza del nivel de vida, del poder adquisitivo, en fin, de la gran masa de la población.

Por otra parte, los mismos medios de producción en los países más desarrollados, tal como atinadamente han señalado autores como G. Ardent, no laboran a pleno rendimiento. Es "normal" en los mencionados países avanzados la acción de mantener sin realizar trabajo, sin producir, en fin, a un determinado porcentaje de los recursos de equipo e instalaciones industriales. La explicación que se suele dar a hechos semejantes es la que se apoya en la "necesidad" de tener al alcance de la mano una "reserva" de aumen-

to de trabajo posible, que pueda ponerse en funcionamiento en aquellas coyunturas consideradas más ventajosas por los líderes del sistema económico. Es decir, siempre pueden producirse más manufacturas de diverso tipo, sin tener que recurrir a medidas de emergencia y a base solamente de poner en marcha el margen, o parte del margen, del porcentaje de equipo y posibilidades industriales que permanecen inactivos —conviene insistir en ello—, precisamente para responder a aumentos más o menos inesperados o imprevisibles de la demanda. Evidentemente, prácticas parecidas no favorecen la auténtica y total realización de una política de "pleno empleo".

Hasta tal punto han llegado —en ciertos momentos y en determinados países— a unirse los factores de equipo inactivo "en reserva" y la mano de obra, que un número más o menos cuantioso de trabajadores parados ha sido mantenido expresamente en la mencionada situación de inactividad, incluso en los casos en que se han llegado a "institucionalizar" unos seguros de paro, de relativa cuantía, a fin de que el trabajador parado, si bien queda marginado del proceso de realización de determinada actividad, recibe periódicamente un subsidio en metálico que le permite hasta ciertos límites seguir siendo un consumidor más en un sistema que precisa, en buena parte, de la existencia de un importante número de consumidores de nivel más o menos alto.

Los signos de crisis y la necesidad de cambios van arruinando continuamente. En el seno de la mencionada economía destacan, por ejemplo, en zonas y momentos muy distintos, la unidad de los conflictos y tensiones, la multiplicidad de las crisis, etc., y, paralelamente, la necesidad cada vez más imperiosa de "fabricar" en los niveles superestructurales y de forma constante nuevos montajes ideológicos; de "inventar" nuevos signos, en ocasiones muy distintos y contrarios entre sí, que sirvan de comodín, que "arropen" o justifiquen las operaciones múltiples y siempre más exigentes de tipo "camaleonesco", de "cambio de camisa, o de rostro, o de color"; cambios o adaptaciones, en fin, que de alguna forma más o menos convincente "expliquen" a la opinión tanto determinadas acciones como el excesivo volumen de contrastes que, en todas partes, traza la economía del capitalismo y la "selecta" sociedad de sus beneficiarios, ubicada en concretas zonas acotadas, presentadas como las únicas y verdaderas "zonas desarrolladas", frente a las grandes regiones deprimidas del globo, y que se ha visto (y sigue viéndose) obligado a realizar.

En definitiva, a través de la línea marca-

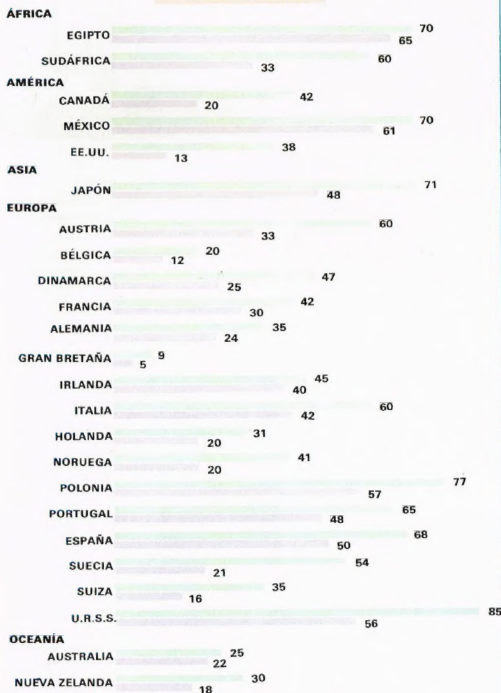
da por el anterior prisma definido por las reacciones de la economía y de la sociedad del siglo XIX y empalmando, por otra parte, con la mayoría de las anteriores reflexiones, mientras se sigue una línea de razonamiento de tipo muy vario, que tiene la ventaja de poder ser compartido en su mayor parte por especialistas tan diversos, de tendencia y enfoques muy varios o incluso contradictorios, no constituye ningún secreto que en la práctica sea el ámbito geográfico, que se ha beneficiado sustancialmente del desarrollo del capitalismo industrial y financiero, que arranca decisivamente en diversas décadas del pasado siglo XIX, comprende en realidad una zona bastante reducida de nuestro planeta. Europa occidental (con la acepción más amplia que, según gustos y tendencias, quiera darse a tal denominación), los Estados Unidos de América del Norte, Canadá (y sólo en parte), Australia (con una matización parecida a la anterior), Nueva Zelanda y, en estricta realidad, algunas zonas muy indeterminadas, incluso muy indefinidas o muy discutibles de Sudáfrica (el lamentable "paraíso" del *apartheid*) con su precaria secuela rhodesiana y quizá —por el desarrollo industrial— el moderno Japón.

Es decir, contemplando con desapasionamiento y con detalle el globo terráqueo, a excepción de las zonas mencionadas (en las que quedan comprendidas regiones de fuerte solera histórica como Gran Bretaña, Francia, las dos Alemanias, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia, la U.R.S.S., etc.), una parte muy extensa, conviene insistir en ello, de la tierra ha quedado al margen, fuera de los beneficios reales, efectivos e "institucionalizados" del desarrollo industrial moderno, e incluso varios de los beneficiarios, como la U.R.S.S. o algunos de sus países aliados análogos, no forman parte del denominado desarrollo capitalista.

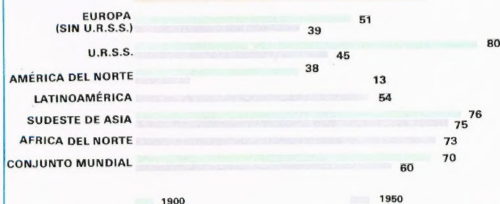
Por otra parte, no es difícil observar que el denominado "mundo capitalista", el mundo de la "sociedad opulenta" del que concretamente habla K. Galbraith en una obra conocidísima, el mundo de la economía del "bienestar" y del auge de la "sociedad de consumo", corresponde, de hecho, con el asimismo conocido como "mundo occidental", con el pequeño y reducido grupo de estados de predominio tradicionalmente blanco y que, con base histórica mayoritaria en Europa, han promovido en los últimos tiempos —junto a sus prácticas económicas— una verdadera "albinocracia", con auténtica y eficaz (para ellos) hegemonía de la raza blanca. Una "albinocracia" de la que prácticamente (y ello, como es conocido, a costa de luchas, esfuerzos y tensiones muy complejos) sólo ha lo-

# EVOLUCION DE LOS PORCENTAJES DE MANO DE OBRA Y DE FUERZA DE TRABAJO OCUPADAS EN LA AGRICULTURA ENTRE 1900 Y 1950 (según BAIROCH y LIMBOR)

## POBLACIÓN ACTIVA



## PORCENTAJE DE FUERZA DE TRABAJO OCUPADA







*Aspecto de la importante industria japonesa. Japón, a pesar de su derrota en la segunda Guerra Mundial, ha conseguido convertirse en un peligroso competidor de las grandes potencias capitalistas.*

grado mezclarse –gracias a su peso específico en el ámbito de las realidades capitalistas– el Japón, que, no obstante su derrota en la segunda Guerra Mundial y la aplicación de los métodos de Mac Arthur, ha conseguido, siguiendo un camino ya trazado, convertirse desde hace años en un duro y peligroso competidor en los mercados más variados, distintos y distantes de las antiguas o tradicionales grandes potencias capitalistas, de tópicos predominio blanco.

En resumen, transcurridos ya los primeros años del último tercio del siglo XX, una serie de factores han acabado de configurarse en su crítica realidad con sus aspectos problemáticos, sus contradicciones y sus conflictos. Así, la antes mencionada limitación geográfica de las zonas en las que ha ido teniendo lugar, clara y plenamente, el desarrollo capitalista, en una limitación muy significativa, hasta el punto de confundirse en la práctica –en el lenguaje cotidiano, en la terminología vulgar– con el término “Occidente”, ha conducido a una configuración muy ilustrativa de las realidades socioeconómicas del mundo actual, con tres grandes divisiones, en principio, muy fáciles de señalar: regiones de economía capitalista, regiones de economía socialista, regiones no desarrolladas o que están colocando –de forma más o menos firme– las bases de su desarrollo económico moderno.

Con la mera configuración de zonas apuntada en las líneas anteriores aparecen asimismo esbozados los grandes problemas, a algunos de los cuales ya hemos hecho referencia en páginas precedentes. Así, en un mapa cualquiera, al lado de las regiones típicamente capitalistas, o bien junto a las socialistas, en sus diversas variantes y con sus distintos niveles de desarrollo, aparecen las grandes zonas de la geografía terráquea definidas por un conjunto de características que, en el sistema de valores comúnmente utilizado en el denominado mundo occidental, configuran con los rasgos más peculiares y distintivos

una serie de regiones más o menos gravemente deprimidas.

Es decir, junto a las economías de la “opulencia”, del “bienestar”, etc., en la actualidad puede contemplarse la panorámica ofrecida por aquellos pueblos tenidos en la actualidad como insuficientemente desarrollados o marginados, de algún modo, respecto a las imágenes y estereotipos engendrados por lo que vienen siendo consideradas como líneas directrices de la expansión y del crecimiento de la economía. Una panorámica que, tal como se ha señalado, viene claramente configurada, entre otros aspectos y matices, por rasgos como son, por una parte, el factor *extensión* (mayor número de km<sup>2</sup>, en total) y, por otra, el factor *impulso demográfico* (mayor número de habitantes en conjunto y, además, aumentado continuamente a un ritmo muy elevado).

De todo ello se desprende una serie de consecuencias y de conclusiones totalmente imposibles de arrinconar o de olvidar y que se encuentran vinculadas asimismo a una serie de manifestaciones y de matices estrechamente relacionados con la contemporánea evolución del capitalismo (con colonialismo político o sin él) y que, día a día, de modo fehaciente y profundamente significativo, muestran su importante papel en la trayectoria seguida por el capitalismo.

En definitiva, por ejemplo, ponen de manifiesto –con multitud de manifestaciones y testimonios– una verdad fundamental e incontestable: también en el mundo de la economía las cosas cambian, han ido cambiando, siguen cambiando y cambiarán. Las estructuras económicas no permanecen absolutamente inmóviles. Y con ello se pone en evidencia el hecho fundamental, que algunos optimistas o pesimistas tienden a olvidar, de que el capitalismo no constituye más que una de las varias técnicas y uno de los diversos sistemas económicos que –a través de la trayectoria histórica– han sido posibles en el tiempo y en el espacio. No es el único sistema ni la única aplicación imaginable de las técnicas de la economía. Al margen del importante hecho de que, a través de sus peripecias históricas, incluso una vez producidas las revolucionarias manifestaciones de una tecnología industrial, en continuada superación, ha venido demostrando, como elemento básico y decisivo, su real incapacidad para ampliar sustancialmente el radio de su acción positiva.

Se trata, en definitiva, de un sistema económico de un campo de acción muy limitado; de un sistema que, mirase por donde se mire, goza sólo de capacidad para beneficiar a núcleos reducidos, que gozaban o siguen gozando de unas rentas apoyadas, desde la

maduración del Gran Capitalismo, a mediados del siglo XIX, en zonas y grupos que habían afirmado su predominio en los sectores de la vida socioeconómica y detentaban, en consecuencia, la mayor parte de los beneficios del sistema.

Por ello, en el presente no tiene nada de extraño que, a pesar, incluso, de la utilización de índices o de baremos tan arbitrarios como los de la *renta per cápita* (tal como puede verse, por ejemplo, en el caso de Venezuela o de Kuwait, por citar solamente dos países productores de petróleo), a excepción de las modificaciones introducidas en diversos países por la instalación de sistemas socialistas de corte marxista más o menos ortodoxo en la panorámica general del mundo actual, las viejas potencias capitalistas (en las que la inclusión de un Japón que, desde fines del pasado siglo y con métodos evidentemente peculiares, había promovido su industrialización, no constituye, de hecho, ninguna novedad) siguen ocupando los puestos decisivos y señalan la permanencia de unos contrastes, de unas distancias, que además demuestran una de las facetas más peculiares de su juego acomodaticio. Es decir, una vez producida, con mayor o menor esfuerzo, la independencia teórica de unas colonias que sólo hace unos lustros constituían elementos-clave de unos sistemas imperialistas para cada metrópoli, la estrategia económica de un capitalismo de ámbito mundial ha creado o trata de crear unas situaciones de hecho que, con mayor o menor fortuna, favorezcan el papel de un "neocolonialismo" económico en provecho de los antiguos dirigentes metropolitanos, o de sus asociados, o de sus contrincantes internacionales más significados.

Por otra parte, sería erróneo imaginar que incluso en las limitadas y acotadas zonas del "desarrollo" todos los sectores sociales se benefician, si no igualmente, por lo menos en una proporción satisfactoria para todos. La continuidad de las desigualdades económicas en los países de la "opulencia" es un fenómeno meridiano y, a guisa de ejemplo, conviene sólo recordar la importancia que tal cuestión reviste en la potencia líder del capitalismo mundial, en los Estados Unidos de América del Norte, con sus complejos y crecientes problemas de millones de "pobres" oficialmente "reconocidos", de sus minorías negras, chicanas, portorriqueñas, etc.

Conviene tener en cuenta la realidad fundamental de que el capitalismo es el sistema económico detentado por una clase social que, una vez afincada en el poder y utilizando las posibilidades de desarrollo y crecimiento ofrecidas por la tecnología, trata —como tarea capital y decisiva— de afirmar el

papel hegemónico de sus beneficiarios y, en todo caso, intenta englobar de algún modo en la obtención de ventajas a núcleos más amplios de población, siempre que tal aumento de beneficiarios no ponga en peligro los intereses predominantes de la clase.

En las últimas décadas un ex canciller de la República Federal Alemana y conocido economista neoliberal ha tratado de popularizar unos argumentos para la "partición" de los no beneficiarios, repitiendo una y otra vez su teoría, que ha dado la vuelta al mundo, de que "para aumentar las raciones del pastel hay que hacer el pastel más grande".

El argumento no es nuevo. Es tan antiguo como el propio capitalismo. Y ha sido expresado de mil modos distintos. En todo caso, multitud de facetas, de problemas y de contradicciones, planteadas buen número de ellas con gran intensidad y virulencia, dibujan no sólo las atormentadas líneas que, a lo largo de varias décadas, han ido siguiendo los hombres del siglo XX en su vida económica y social, sino que además dibujan, a través de un número muy grande y sumamente variado de manifestaciones, los horizontes críticos que, de mejor o peor humor, deberá afrontar todavía el conjunto de la sociedad humana de nuestro siglo, así como sus formas y prácticas económicas.

*Aspecto callejero de Kuwait, el país del golfo Pérsico con una de las rentas "per cápita" más elevadas del mundo.*



## BIBLIOGRAFIA

Ambrosi, C.	<i>Histoire économique des grandes puissances à l'époque contemporaine, 1850-1958</i> , París, 1963.
Ashworth, W.	<i>Breve historia de la economía internacional. 1850-1950</i> , México, 1958.
Braudel, F.	<i>Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social</i> , Madrid, 1969 (2.ª reimpresión).
Cipolla, C. M.	<i>Història econòmica de la població mundial</i> , València, 1969 (hay una traducción castellana en América).
Cole, G. D. H.	<i>Introducción a la historia económica. 1750-1950</i> , México, 1955.
Friedlaender, H. E., y Oser, J.	<i>Historia económica de la Europa moderna</i> , México, 1957.
Galbraith, J. K.	<i>La sociedad opulenta</i> , Barcelona, 1962. <i>El nuevo Estado industrial</i> , Barcelona-Esplugas, 1970.
George, P.	<i>Panorama del mundo actual</i> , Barcelona, 1970.
Heaton, H.	<i>Histoire économique de l'Europe. De 1750 à nos jours</i> (2 vols.), París, 1952.
James, E.	<i>Historia del pensamiento económico en el siglo xx</i> , México, 1957.
Jutglar, A.	<i>Mitología del neocapitalismo</i> , Madrid, 1971 (2.ª ed.).
Lesourd, J. A., y Gerard, C.	<i>Historia económica de los siglos xix y xx</i> , Barcelona, 1964.
Niveau, M.	<i>Historia de los hechos económicos contemporáneos</i> , Barcelona, 1968.
Perroux, F.	<i>L'économie du xx<sup>e</sup> siècle</i> , París, 1969.
Philip, A.	<i>Histoire des faits économiques et sociaux de 1800 à nos jours</i> , París, 1963.
Shoufield, A.	<i>Le capitalisme d'aujourd'hui</i> , París, 1967.



*Refinería de petróleo de Agip, en Ghana.*